

Crónicas de cuarentena

AUTORES

Damián N. Digiano
Araks Demydrian
Marina Escala
Violeta Galateo
Candela Ferreyra
Brenda Fahey
Agustina Córdoba
Ezequiel Desmery
Daniel Latini
Maite Filmus
Aldana Fontanella
Sandra Fariello
Mariana Coria
Leonardo S. Céspedes
Dante Waisman
Pedro Dzioba

ÍNDICE

A modo de presentación por Micaela Cuesta

EXTRAMUROS

1. *¡Envío!... ¡Envío!.. ¡ENVÍO!* por Damián N. Digiano
2. *¿Qué se escucha?* por Araks Demydrian
3. *Río Libre* por Marina Escala
4. *Rascar el fondo* por Violeta Galateo
5. *El sabor del café* por Candela Ferreyra

PASAJES

6. *Historias de vida* por Brenda Fahey
7. *Mi vecino el policía* por Agustina Córdoba
8. *Con la mirada empañada* por Ezequiel Desmercy
9. *Acá la cuarentena no existe* por Daniel Latini
10. *Crónica de una desilusión* por Maite Filmus

INTRAMUROS

11. *Cena para cuatro* por Aldana Fontanella
12. *Habrà primavera* por Sandra Fariello
13. *¿Maestrxs eran lxs de antes?* por Mariana Coria
14. *¡Los runners no aguantan más!* por Leonardo S. Céspedes
15. *Administrar las 16 h para ser productivo ¿para qué?* por Dante Waisman
16. *Extraños en casa* Por Pedro Dzioba

Sobre los autores

A MODO DE PRESENTACIÓN

¿Cuántas vidas caben en una cuarentena? ¿Cuántos encuentros insospechados puede propiciar el Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio? ¿Cuántas historias de amor y desamor, de cuidado y desamparo se despliegan a su sombra? ¿Qué escenas de la vida cotidiana nos confrontan con injusticias y desigualdades que provienen de tiempos lejanos pero hoy parecen mirarnos a los ojos?

Estas y otras preguntas suscitan la lectura de las crónicas de un puñado de estudiantes del primer año de antropología y sociología del IDAES. En cada una de ellas nos sumergimos en mundos conocidos desde lugares inciertos. Con cada una aprendemos, nos emocionamos; en algunas sentimos agobio, decepción y, a veces, rabia. En otras, nos reconciliamos con la condición humana, podemos advertir la calidez del vínculo, la importancia de no sabernos solxs, la potencia de poder ser más y mejor juntxs y con otrxs.

Elegimos distribuir estas escrituras en tres secciones. En la primera de ellas Extramuros el lector encontrará todas aquellas historias que nos sacan por un momento del ASPO para visitar, aún atravesados por sus efectos, escenarios no por todxs transitados: las agitadas jornadas laborales pre decreto presidencial de los trabajadores de supermercados, a quienes la “cuarentena” trajo respiro; el viaje por una ciudad desierta en el auto de Germán, un psicoanalista al rescate de una paciente en plena crisis, que nos lleva a interrogar qué se escucha cuando la voz del analizado está mediada por un aparato tecnológico, cuando no estamos ya cara a cara. En “Río libre” nos adentramos en las historias de algunos internos de una institución para personas con discapacidad para conmovernos con sus relatos y recuerdos de libertad en tiempos de confinamiento; en “Rascar el fondo” podemos oler el guiso que se cuece sobre los anafes que ocupan los pasillos que antes se llenaban de asistentes a los talleres artísticos y deportivos de una sociedad de fomento de Isidro Casanova y sentir dolor y bronca ante actos de discriminación que nos hacen recordar historias bíblicas pero con un sentido no salvífico. Algo de este tono emocional reencontramos en la última crónica de esta sección dedicada a retratar la suerte de Mario, un remisero que, ante la nueva situación, pierde su trabajo y se ve obligado a dejar su casa.

Los textos que se agrupan bajo la idea de Pasajes son aquellos cuyas narraciones nos sitúan en lugares difíciles de clasificar. Se trata de historias personales, pero no en primera persona. Sus personajes no están adentro ni afuera sino en movimiento, en transición. Podemos, aquí, celebrar el encuentro entre Ana y Eli, o la reinención del vínculo entre Sabrina y Porota; asistir a esos diálogos intergeneracionales llenos de amor y un poco de nostalgia. De ese departamento de Almagro nos trasladamos a los pasillos de un PH del conurbano bonaerense para comprobar que la cuarentena no es igual para todxs, algunos, como el vecino policía, gozan de ciertos privilegios. El cuidado que esos policías sólo a veces brindan se despliega en todas sus variantes en esa dinámica singular que se genera entre miembros de la familia, enfermeras y kinesiólogos en “Con la mirada empañada”.

La historia de Eduardo, por su parte, transcurre en la cuadra, y más en particular, con “los pibes de la cuadra”. Para él, la cuarentena se transformó en ocasión para estrechar vínculos con vecinos de los cuales hasta no hacía mucho tiempo, eran apenas conocidos. La música se transforma aquí en la excusa perfecta para crear un espacio de comunión donde el ASPO queda en suspenso. También es en la cuadra donde se deja oír cotidianamente -hasta que un día se interrumpe- el himno. Un vecino, ex combatiente de Malvinas, es el encargado de hacerlo. Sin embargo, el ruido de las cacerolas se impone y el himno ya no vuelve.

Intramuros, la última de las secciones, reúne todas las narraciones que enfrentaron con destreza el desafío de, sin salir de las cuatro paredes, transportarnos a situaciones y problemáticas de distinta índole. Nos sentamos a la mesa y degustamos esa suerte de berenjena a la parmesana preparada por Vanina mientras deseábamos que Rafael apagara por un segundo la tele. Vimos bajar las escaleras a Ana, un poco zombi después de intentar reponer, quizás sin éxito, los encuentros con sus amigxs de escuela vía la red hasta altas horas de la noche. Advertimos las frustraciones que el aislamiento puede producir en esas vidas adolescentes que ven cómo se escurre el sabor de la transgresión entre clase y clase virtual. Sobre estas últimas prácticas nos habla otra de las crónicas, una en las que convergen críticas, prejuicios, pero también reconocimientos justos a esa labor tan peculiar y por todos comentada de la docencia. Pero no sólo lxs docentes han sido objeto privilegiado de desprecio, también los runners disputan ese lugar en esta coyuntura. Sobre ellos versa otra de las crónicas de esta sección. Algo de ese trazo subjetivo que configura a los runners se cuele en “Administrar las 16 hs. ¿productividad para qué?”, otro de los textos que narra cómo la temporalidad se trastoca en cuarentena y de qué modo distribuimos nuestro tiempo entre obligaciones y redes, intentando no quedar atrapados en el mandato de la productividad (neoliberal). Por último, en “Extraños en casa”, asistimos a los cambios de rutina y formas de habitar el espacio que sufre su personaje y esperamos, junto a él, que pasen rápido esos quince días de cuarentena que nos separan de la posibilidad de estrecharse en el abrazo tanto tiempo esperado con una de las integrantes de la familia.

Cada crónica tiene su impronta, en cada una se traslucen rasgos de la sensibilidad de quienes las escriben. Y, por fortuna, a partir de todas, sin excepción, puede una soñar con un destino promisorio para las ciencias sociales por venir.

Disfruten de la lectura.

MICAELA CUESTA

Docente del Taller de Escritura y Argumentación
Instituto de Altos Estudios Sociales, UNSAM

EXTRAMUROS

¡Envío!... ¡Envío!.. ¡ENVÍO!

por Damián N. Digiano

06:30 hrs un ruido interminable irrumpe el sueño, José a regañadientes se despega de la almohada y apaga la alarma, pronuncia una maldición al aire y empieza otro día: entra al baño, abre la canilla de la ducha y se sumerge en ella, sabe que no cuenta con mucho tiempo, debe bañarse debe ser rápido, solo algo para “despertarse” y partir rumbo al trabajo, vive cerca por lo que siempre va caminando o corriendo, dependiendo de cuánto tiempo haya dejado sonar el despertador, las llegadas tarde no son negociables. Ingresa a la sucursal, una de tantas que tiene la compañía, esta se ubica en el barrio porteño de Belgrano, comienzan sus ocho horas. Su trabajo es sencillo, es el encargado de veintidós personas denominados internamente “cadetes”, organiza y administra las tareas dentro del establecimiento para él y su grupo: las cuales son la reposición de los productos que los clientes no compran y dejan en la línea de cajas, el orden y la limpieza de la sucursal, son los “comodines” de los demás sectores, siempre que estos necesitan ayuda los cadetes son los encargados de brindarla, de esta manera el puesto de trabajo funciona como un “semillero” para la empresa, no obstante la principal tarea a cumplir es el armado y entrega de la mercadería en el domicilio del cliente. Todo comienza con una palabra: “envió”. La misma es reproducida por los cajeros al tener un cliente que paga por ese servicio, es en dicho momento que se da inicio al envío, guardando ordenadamente la mercadería en canastos, armando una pila con ellos para luego entregarlos en el domicilio a través de una camioneta o caminando. Empieza el día, José entre risas y carcajadas con sus pares realiza la apertura del mercado, dejando todo listo para el ingreso de los clientes. Se toma el tiempo para desayunar, sus respectivos quince minutos, y comienza sus tareas.

-Día tranquilo hoy -comenta un auxiliar de cajas llamado Martín.

-Si, es lunes y llueve, hoy no viene nadie -le contesta José, aludiendo a la falta de ofertas de ese día y al clima lluvioso generando poco incentivo en los clientes para realizar sus compras.

Hora de almuerzo. Es la una de la tarde, el sector cuenta con quince envíos para ser entregados y posee dos camionetas disponibles para el reparto, en cada una entran entre diez y doce envíos. En un día normal se realizan ochenta y los días de mayor venta pueden ascender a ciento setenta. En el comedor, con las televisiones prendidas, se empiezan a dar noticias sobre una enfermedad que está azotando a Europa, nadie le presta mucha atención, Europa está lejos.

José, absorto en su celular, no registra nada de lo que sucede a su alrededor, tampoco escucha su nombre que se repitió por los altoparlantes unas seis veces.

-Eh pibe, despertá, te están llamando -grita Luis, el cocinero, a la vez que se ríe y se acerca -te están llamando a tu sector -repite y aclara.

José, se levanta apresurado y se dirige hacia la salida del comedor, dejando el plato de comida a la mitad. No es común que lo llamen tan insistentemente, algo pasó.

-Te guardo la comida en la heladera -le dice Luis

-Tranqui, ya vuelvo -atinó a contestar José.

Mientras camina por el mercado hacia el sector puede observar que se incrementó la cantidad de clientes dentro de la sucursal. Habrá dejado de llover -piensa.

-¿Qué pasó? Estaba comi-... José sin llegar a completar la frase es interrumpido.

-¡Envío! -informa un cajero

-No me dan las manos -le dice Matías. -Hay muchos...-

-¡Envío! -grita otro cajero

-Eso -señala Matías.

Mientras, Sebastián, el encargado del turno tarde, se acerca para informarle que una de las camionetas se fue porque la necesitaban en otra sucursal. En medio de la charla y la indignación por la noticia se escucha la palabra ¡Envío! cuatro veces más, el lapso de tiempo entre uno y otro es muy corto, José se percata de esto y comienza a observar la situación. Todas las cajas están habilitadas, y todas con envíos, se toma un segundo para sí mismo, cierra los ojos, respira profundo como si intuyera lo que fuera a venir y buscará fuerza en su interior, los abre con una mirada decidida y comienza a llamar a su equipo, empieza a organizar el trabajo.

-Juan, anda a la caja número tres y ayúdalo a Cristian ese envío es enorme -Exclama José viendo la cantidad de mercadería que se iba acumulando en la caja y la que aún quedaba en el chango.
-Santiago, anda a buscar más canastos al sector- Indica Sebastián, intentando seguir el ritmo que impone José

Los clientes no dejan de ingresar a la sucursal, los envíos se siguen incrementando y el personal abocado a la tarea está siendo superado por la demanda, José consigue hacer una pausa para pensar en cómo organizarse, levanta la cabeza viendo hacia el interior del mercado y encuentra con la mirada a los jefes de otros sectores reunidos charlando amablemente, abre los ojos grandes como si de una sorpresa se tratara, las cejas se le elevan en su cara hasta el máximo posible, toma un poco de aire por la boca y lo contiene un rato, la sensación que atraviesa su cuerpo es una mezcla de indignación, angustia y rabia, piensa en las veces que ellos ayudan a los demás sectores y en cómo ahora no es retribuido de la misma manera; se acerca el auxiliar Martín quien es el único que se prestó a ayudar al sector, y como buen entendedor del momento le pone una mano en el hombro y le dice - Vos sabes que siempre fue así, no te bloques y seguí. - José, aun con la mirada puesta en esa escena asiente con la cabeza e indica:

-Sebas, llamá por teléfono a los chicos que entran en el turno tarde, deciles que vengan un rato antes a trabajar, los necesitamos, la camioneta que se fue nos complicó el trabajo y estamos solos. - Dando a entender que no tendrán ayuda de otro sector.

- ¿No pueden pedir otra? - gritó Sebastián, al tiempo que bruscamente traía canastos para seguir armando envíos - Era de esperar, si hay trabajo "estos" le huyen - siguió diciendo en voz alta, haciendo referencia a la falta de ayuda de otros sectores.

Atónitos los cadetes se quedan mirando a un Sebastián furioso, al que José le clava una mirada corta pero concisa, que decía todo sin emitir palabra, este no es el momento de un berrinche, hay que trabajar y marcar con el ejemplo.

Los cadetes ingresantes del turno tarde cumplen lo solicitado por su jefe, y colaboran ingresando un par de horas antes para ayudar. Saben que la situación debe ser complicada, José no es de pedir favores.



El tiempo va pasando, ya se cumplieron hace rato las ocho horas de trabajo que José debía hacer, pero no tiene tiempo de pensar, está en modo automático. Va de un lado a otro, exhausto y con hambre por no haber podido terminar el plato de comida, pero debe seguir, sus cadetes no están aflojando y eso lo llena de orgullo. Envío tras envío, la única forma de salir adelante es seguir y de ser posible, sumar más manos, enfocado en esto último, José deja a Sebastián a cargo del sector y se dirige hacia la gerencia.

-Permiso Gustavo, necesito hablar con usted - Solicita José al gerente, mientras ingresa en la oficina.

Gustavo accede y lo invita a sentarse, José se mantiene parado y reposa sus manos sobre el respaldo de la silla en la cual fue invitado a sentarse.

-No, gracias. Solo son unas palabras - Le dice José - Necesitamos ayuda, el sector se está manteniendo, pero de seguir así no vamos a poder salir adelante solos.

Le comenta la situación de los cadetes, aquellos que ingresaron antes para ayudar así como también los que no fueron a comer con tal de seguir respondiendo en el sector.

Gustavo, gerente de sucursal desde hace más de 20 años inició su carrera siendo cadete, sabe de qué se trata el trabajo y entiende lo que José le plantea, lo mira atentamente, de arriba abajo analizándolo con una mirada de dos segundos, sus manos, remera y pantalón sucio, cada producto tocado dejó rastro sobre él, es evidente el cansancio en su cara, pero posee una mirada decidida, José no va a aflojar.

-Lo sé - Dice Gustavo - Vamos para allá, vas a ver como vienen todos, aprovecha y agarra alfajores y gaseosa para llevarle a los cadetes, hay que mantenerlos con energía - Le indica a José, este se sonríe y se apresura a preparar las cosas, está satisfecho, feliz de haber conseguido una respuesta positiva, su energía se renueva.

El efecto fue inmediato al ver al gerente en el sector de envíos los jefes de otros sectores se prestaron a ayudar, el caos es general en toda la sucursal, no hay personal para tanta gente, pero envíos es el sector más afectado. Y pensar que era un día "tranquilo".

Veintiuna horas. Se escucha por fin el cierre del mercado, queda gente dentro, pero está la satisfacción de saber que no ingresará nadie más. Se contrataron fletes externos a la empresa para poder cumplir con los clientes, también se los fue llamando para reprogramar el envío para el día siguiente. Muchos se negaron aun sabiendo la situación, viéndola, ya que ellos realizaron la compra.

-Quiero que me lo entreguen hoy, yo compre hoy y les corresponde hacerlo, no es mi problema si no les da-

-Contraten más gente, ¿tanto les cuesta un empleado?-

-Quéjense con el sindicato-

Son algunas de las respuestas de los clientes menos empáticos.

José, sigue trabajando, se terminó la entrega de envíos, pero falta guardar en la góndola la mercadería que la gente no llevó, trece changos. Separa la mercadería primera la que necesita frío, es prioridad, después se separa por sector o por posición en el mercado para realizar más rápido la reposición, ayudan todos lo que quedaron.

Doce de la noche, se empiezan a ir los empleados, solo quedan los responsables de los sectores y el gerente.

José reúne a su equipo, les agradece el trabajo realizado y los deja marchar a sus casas.

Esperando el momento para irse, extenuado luego de casi 17 horas de trabajo continuo, el gerente convoca a una reunión rápida, les informa que todas la sucursales, principalmente de capital tuvieron el mismo "caudal" de gente, y que se espera lo mismo para los próximos días.

-Pero ¿qué pasó? -exclama José completamente fuera de foco, nunca ví algo así, esto fue peor que un "Black Friday".

-Por lo de Europa- indica Gustavo, el gerente. Los demás jefes asienten.

-Se están "stockeando", se viene la cuarentena- acota Marianela, jefa de cajas.



-Me vaciaron las góndolas de fideos, limpieza y perfumería- decía Alejandro jefe de salón, a la vez que indica que desde el centro de distribución van a mandar mercadería para tener stock de todo y aprovechar la venta.

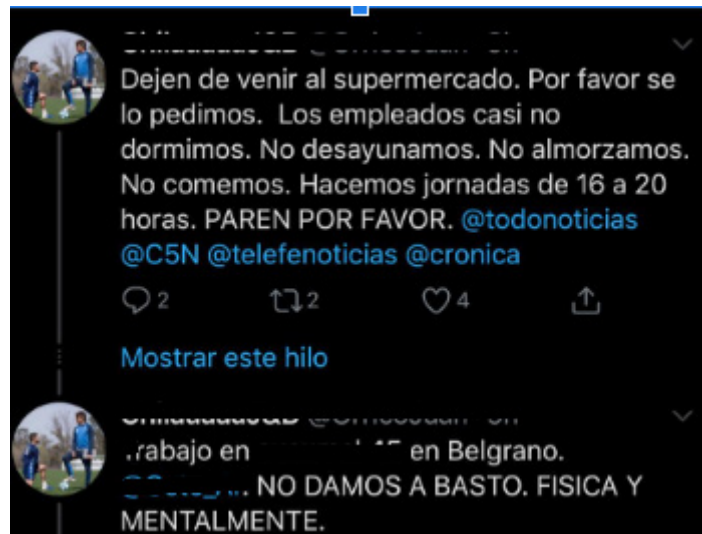
José, desorientado y con el cansancio pesando en sus ojos, escucha las explicaciones y los comentarios de los demás. Hablan de un virus que azota a distintos países de Europa, dejando miles de muertos, el mismo se habría originado en China y se está esparciendo a gran velocidad por todo el mundo, no parece haber una cura para el mismo, y en los países afectados se empezó a realizar una cuarentena obligatoria para la población, como medida preventiva ante el contagio, la Organización Mundial de la Salud la declaró como una pandemia.

Luego de la reunión cada uno puede irse a su casa, José debe volver en menos de seis horas, todos deben volver. Se priorizará la venta por sobre cualquier descanso semanal o vacaciones. En los días subsiguientes la cantidad de gente continuó superando ampliamente al personal, se mandaron refuerzos desde sucursales cercanas, pero no bastó. Las góndolas comenzaron a vaciarse, no había mercadería suficiente para reponer, pero los clientes siguieron viniendo. José mira su sector con desolación, la capacidad del sector se sobrepasó hace mucho, los canastos no alcanzaron, se comenzó a separar en changos la mercadería de cada envío, y la playa de estacionamiento en la cual hay lugar para doce autos, se ocupó completamente por changos con mercadería. Ya el tiempo de demora no es de dos a cuatro horas, sino de un día para otro, veinticuatro horas de demora con "viento a favor".



- ¡No puedo más!- exclama Sebastián - Esto no termina nunca.

-Ya no se puede seguir así, creo que dimos todo y más. - ¡Basta!- terminaba la frase José, mientras miraba su celular y publicaba un desahogo en la red.



Ya no hay risas y carcajadas en la apertura, el caudal de gente no lo permite. El cansancio acumulado genera malestar entre todos, pero se cumple igual con el trabajo. La ayuda al sector, llegó de todos lados, pero no bastó.

El 20 de Marzo, el presidente Alberto Fernández declara la cuarentena obligatoria para toda la población argentina, dejando exceptuadas aquellas actividades consideradas esenciales, los supermercados son una de ellas, se activó un protocolo de ingreso escalonado de clientes a las sucursales, fue el respiro para los empleados de comercio, el objetivo del mismo es evitar las aglomeraciones de personas dentro de los establecimientos, para dicho fin se cerraron los mostradores de carnicería y las filas de ingreso deben cumplir con la separación de 1 metro y medio entre cada persona, el horario de trabajo se redujo hasta las veinte horas, pero iniciando el mismo a las siete de la mañana, horario con prioridad para adultos mayores. José después de ocho días interminables, fichó salida al horario que le correspondía.

¿Qué se escucha?

Por Manuel Araks Demirdyian

Una ambulancia merodea en silencio por las calles de Palermo. Avanza velozmente, pero no se la ve apurada, y las personas que la conducen no muestran en sus rostros ninguna señal de alarma. En este día tan lindo y otoñal de comienzos de cuarentena no hay mucho público que pueda admirar su desfile. La calle está casi vacía. Cuando eventualmente se cruza con algún transeúnte, intercambian una mirada tensa que deja sentir el miedo. La amenaza, misteriosa e invisible, se cierne sobre la ciudad, y este vehículo no es más que otro recordatorio de su presencia.

Guillermo sale de su departamento. Camina. Su marcha es un poco cuadrada pero relajada, quizás ligeramente más rápida de lo que se esperaría un domingo al mediodía. Se dirige hacia una camioneta Izuzu blanca. Aunque no parece estar agitado, pequeños gestos de preocupación se escriben sobre sus arrugas. Agarra un habano de su bolsillo, piensa un momento mientras se detiene a buscar el encendedor y lo vuelve a guardar, no tiene ganas de fumar.

Sube, se acomoda, prende el motor. Parece hundirse lentamente en el asiento mientras escucha el ronroneo cálido de la máquina. Piensa en la escena que lo espera, y la verdad es que no la anhela; ese esfuerzo e insistencia constantes, los insultos, la frustración. Hay que intentar mantener la calma y hablar.

Piensa en Alejandra y la última vez que la tuvieron que internar. Fue un momento difícil y angustiante, y ahora con la cuarentena la situación en los hospitales psiquiátricos está mucho más complicada.

Me cuenta:

-No la están pasando bien, sé que está más duro el trabajo, lo que no sé es si hay más internaciones, pero se por ella -se refiere a una compañera suya que trabaja en una institución psiquiátrica- que no la están pasando bien, que faltaban elementos de cuidado y cosas... cosas así que tienen que ver con la precariedad del sistema sanitario ¿no? en general.

Mientras el motor se calienta Guillermo divaga un poco por sus memorias, su mirada ausente lo delata. Viaja a los primeros momentos de la cuarentena, siente nuevamente el miedo, la incertidumbre, la irrealidad de la interrupción total de su trabajo y su rutina.

Un día como éste, él salía de su departamento para ir a pasar la tarde al consultorio, pero no iba a atender a ningún paciente. Su caminata era menos decidida y quizás más apresurada que la usual, pero retenía su forma. Eran tiempos aún más confusos. De una semana a la otra su trabajo había cesado por completo, y ni él ni sus pacientes sabían muy bien cómo manejar la situación. Guillermo era consciente de que no estaba yendo a trabajar, pero necesitaba ese espacio tan familiar y suyo, ese ambiente colmado de memorias y de identidad, de historia. Pasaba tardes enteras ahí, solo, ordenando textos, leyendo cartas, apuntes y trabajos, limpiando y acomodando ese desorden majestuoso. Una parte de él siempre está ahí, pero ahora que ese espacio se vaciaba de las voces y los relatos que lo componen, se sentía diferente.

-Entraba, no veía a nadie, cerraba la puerta, y me dedicaba un poco a ver todos estos apuntes, a leer alguno de ellos. Empezaba un libro y me llevaba a otro, un artículo a otro y así ¿viste? Hasta que se empezó a organizar un poco el tema del consultorio y empecé a atender a algunas personas por teléfono allí mismo.

Se inició un nuevo ritual. Guillermo llegaba con su mate, a veces algo para picar, y se sentaba en su sillón habitual, solo que esta vez armado con un par de auriculares y el celular. El diván, vacío y frío, observaba extrañado y quizás celoso la situación.

La división entre el espacio doméstico y el laboral era, para él, importante, y esta nueva manera de trabajar, aunque no fuese ideal, le traía aunque sea una cierta calma.

-El trabajo siempre ordenó mi vida- me dijo.

De vez en cuando, mientras escuchaba, se paraba y comenzaba a recorrer la habitación de esquina a esquina. El sonido de sus pasos sobre la madera se asemejaba a un tenue metrónomo, que se superponía con las ínfimas voces que lograban escapar del auricular. Este ambiente sonoro se conjugaba con el característico olor a madera y cuero para crear una atmósfera única y personal, parte esencial de su trabajo.

Acostumbrarse a esta nueva manera de atender no le fue tan difícil, y de hecho logró llegar a apreciar la diferente perspectiva que le proporcionaba este método. Sus pacientes se comportaban de otra manera, quizás con un poco más de timidez, o a veces todo lo contrario. Al verse obstaculizado lo visual y lo presencial, lo auditivo tomaba un protagonismo notable.

-Lo que noto atendiendo por teléfono es que a veces... a veces se escucha más, más cosas. Y yo intervengo bastante en lo que escucho. [...] Tiene mucho que ver la entonación que utilizó en ese momento, o la carga en la voz. Se notan los matices a veces, de cuando una persona se angustia hablando, mucho más rápidamente que cuando la ves, hay matices que... -hace una pausa para pensar- es como una persona ciega que escucha más, es eso. En el dispositivo virtual somos ciegos, y hay que saber escuchar mejor.

Mientras se va familiarizando con este nuevo recurso virtual, Guillermo también comienza a identificar algunos de sus riesgos o falencias. Nota que es fácil hablar sin decir nada, hablar sin compromiso, dejarse caer sobre la cama y pasar la sesión entera sin realmente haberla empezado. La accesibilidad de este medio también hace que sea más complicado manejar, o mejor dicho marcar ciertos límites. Los "encuentros" pueden extenderse más de lo que deberían de manera infundada y contraproducente, y a su vez la posibilidad seductora de tener una sesión en cualquier momento o en cualquier lugar puede llevar a una cierta desritualización del análisis, que amenaza con desvirtuarlo.

Todas estas son las cosas que él reflexiona mientras escucha e intercambia con sus pacientes, pero ¿qué es lo que escucha?

Observa en ellos, como era de esperarse, reacciones múltiples y de lo más diversas a la cuarentena, y aprecia de manera curiosa como muchos parecen disfrutar de la nueva sedentariedad que trae esta coyuntura inédita.

-Hay personas a las que les ha caído como un guante la cuarentena, no se hacen ningún problema. Están más cómodos, laburando online desde sus casas por ejemplo, incluso a algunos se les fueron algunos síntomas -se ríe-, como angustias, o inhibiciones en el trato con los otros. Nos reímos un poco y se forma un silencio efímero pero reflexivo. Yo le pregunto:

-¿Te parece que esto puede hablar también de las características socio-económicas de tus pacientes en general?

-Si... sí, obvio.

Otra de las cosas que Guillermo ha empezado a escuchar es la ausencia de ciertas voces. Los pacientes con los que retomo el análisis no son todos, y se pregunta por el resto. De vez en cuando mensajea a algúne para ver cómo anda, y aunque mantenga conversaciones con parte de ellos, en general la comunicación es intermitente y no hay demasiado intercambio. Sabe que ciertos

pacientes simplemente han decidido no analizarse en este contexto, y no tiene problema con eso, pero también es consciente de que algunos han perdido su única fuente de ingresos y atraviesan situaciones más difíciles. No sabe muy bien cómo manejar esto, siente la falta de conexión y le pesa.

Guillermo sigue mirando a la nada y dentro de la camioneta reina una calma soporífera, nostálgica tal vez. De repente, se yergue despabilado y mira el volante. De nuevo es domingo. Pone primera y maneja.

La calle está tan vacía que incomoda, y mientras Guillermo se acerca a su destino, planea un poco como abordar la situación. Alejandra ya venía mal, pero posiblemente este nuevo miedo colectivo y el cambio tan abrupto en su cotidianeidad contribuyó a su actual descompensación. No era un buen momento para tener un brote psicótico.

Esa mañana el encargado del edificio de su paciente había llamado a Guillermo para avisarle que ella se encontraba tirada en el suelo de su departamento, ida y delirando. Estaba en compañía de sus acompañantes terapéuticas, pero no la habían podido ayudar demasiado, estaba desconectada de la realidad.

Cuando él llega al departamento, la ambulancia y el hermano de la paciente llevaban allí un rato. Guillermo se encuentra con la recibida que esperaba. La escena se había puesto más hostil y Alejandra estaba agresiva y no quería dejar pasar a nadie.

Una avalancha de palabras distorsionadas e insultos salían del dorado portero eléctrico. La marea verbal era por momentos tan intensa que se podían sentir las gotas de saliva brotar del viejo parlante, y aunque las voces del hermano y de Guillermo se esforzaban por nadar en contra de la intensa corriente, sus intentos de calmar un poco las aguas e iniciar un diálogo eran inútiles. Esta puja duró entre 2 y 3 horas.

-No había caso. Por suerte Alejandra dejó entrar a una de sus acompañantes terapéuticas y a una médica, que pudieron estar con ella, y tomando la medicación se empezó a calmar. A mí y a su hermano no nos quiso ver nunca, porque sabía que la íbamos a tratar de convencer, y que si entrábamos se venía la lucha -se ríe-.

Aunque la escena había terminado mejor de lo que esperaba, las dudas que agobiaban a Guillermo no cesaban del todo. Se preguntaba si acaso estaba justificado el salir, si quizás había generado más riesgo que ayuda pudo proveer. Pero tampoco sabía qué tan peligroso era el nuevo virus, o qué tanto circulaba. Él se reafirma que hizo lo que debía hacer y que fue una decisión responsable. ¿Cómo manejar la relación o el equilibrio entre salud mental y física? De eso ya no está tan seguro. Pero nadie tiene las respuestas.

Guillermo maneja hacia su casa mientras atardece, y hasta en el andar de la camioneta se nota su fatiga. Aunque ya nadie le está hablando, su oído sigue despierto y alerta, cansado también, insomne. Los únicos sonidos que penetran el rugido del motor son el raspar de las hojas secas contra el asfalto y el viento que, de vez en cuando y tan solo por unos segundos, se asemeja a una voz que le habla en un idioma desconocido, ininteligible. Su mirada se encuentra fija en la calle, inmóvil, y aunque sus gestos pausados denotan cierto alivio, sabe que la incertidumbre es algo a lo que va a tener que acostumbrarse.

Río libre

Por Marina Escala

- Moni, si se acabara la pandemia ya, en este preciso instante, ¿a donde irías?
- Iría a tatuarme el brazo y me quedaría en una plaza sin que me rompan las pelotas.
- ¿Acá no podés hacer lo que querés?
- En este hogar no paran de controlarme, estoy harta de esta mierda de la pandemia.

Mónica tiene 44 años, 1,60 de alto, esta rapada "a 2", viste ropa de alguna señora que amablemente hizo sus donaciones hará cinco años aproximadamente. Sus anteojos están decorados con la comida del día anterior y sus dedos están tan amarillos por fumar como las hojas del cuaderno rojo de la secretaria. En ellas esta clasificada como: "residente de alto funcionamiento", es la líder y se encarga de cuestionar todo lo que se le dice y de hacer cumplir las normas a sus 24 compañeros. Tiene retraso madurativo leve y, según diagnóstico psiquiátrico, psicosis. En dos meses cumple 19 años adentro, 19 años de vida bajo supervisión, 19 años de seguir reglas.

8.00 hs: toma de medicación, 8.30 hs: desayuno servido, 9.00 hs: movilidad articular, 9.30 hs: taller de tejido, 10.45 hs: colación, 11.00 hs: taller de musicoterapia, 12.00 hs: almuerzo, 13.00 hs: un pucho permitido, 13.30 hs: taller de cocina, 14.45 hs: recreo, 15.00 hs: hoy te toca bañarte, 16.00 hs: medicación y merienda, 16.24 hs: ¿te brotaste?, 16.37 hs: refuerzo de medicación; todavía falta el resto del día hasta que sean las 21 hs y vayás a acostarte, y al otro día te despierten para que como un dejavú infinito resetees la máquina y te pongas activo.

Al llegar al patio todos me preguntan si sé cuándo va a finalizar la cuarentena.

Dudo, me quedo en espera. Ellos me miran como pidiendo que no los desaliente

Menos que ayer -respondo y acelero el paso.

Entro al aula, y escucho:

¡No puedo creer que no nos dejen salir! ¡Estoy harto! ¡Me quiero ir al carajo!

Siento como si esa frase fuera una bomba y la onda expansiva (sí, la onda expansiva) me volteara.

No puedo concentrarme en otra cosa, era Raúl, mi alumno favorito, caracterizado por no dejar de tomar agua y enrularse la ropa hasta hacerle un agujero. Ojeras hasta las comisuras de los labios, 1,65 de alto, poco pelo y encorvado como si todo el tiempo buscara desenterrar algún tesoro perdido en el patio. En el cuaderno rojo dice: "residente de bajo funcionamiento".

Lo busco. Siempre suelo caminar mirando el piso y veo: zapatillas con cordones deshechos y arcos vencidos. Era él. Miro automáticamente a su cara, su sonrisa ilumina cualquier día gris, tal vez por eso lo busco, y me pregunta lo mismo que todos los días:

-¿Cómo esta tu perrito?

A lo que siempre le respondo: -no tengo perro, tengo gato.

Era mi oportunidad, saciar las ganas de saber qué había pasado ya que sus gritos de queja, inusuales, habían provocado mi curiosidad.

-¿Cómo estas Raúl?

-Está el bicho ese dando vueltas por ahí, tengo miedo, ¿sabés cuándo habla el presidente?

-Hay que cuidarse y todo va a estar bien, ¿te lavaste las manos?

-Hace una pausa - mmmh, no - responde refregándose las contra la campera mostaza y mirándome de reojo

-¿Te puedo hacer una pregunta?

-Sí

-¿Qué es lo que más te gusta de vivir en el hogar?

-Salir

Ellos tienen la posibilidad de hacer salidas esporádicas, de visitar a sus familias (si las tienen), hacer compras de aseo personal, proponer paseos si el presupuesto se lo permite y darse algún

que otro gusto: una coca, por ejemplo. Algunos aprovechan al máximo y salen cada vez que ven la oportunidad, otros en cambio, eligen permanecer adentro. Pero el hecho de negarles las salidas, por prevención, desató una furia colectiva: de repente todos tenían necesidad de hacerlo. ¿Por qué ahora todos quieren salir? ¿Es acaso el hecho de ir en contra de la corriente? A mi también me pasa y tal vez sea por eso que despierta mi curiosidad. ¿Cuál será el verdadero deseo tras las salidas, por qué ansían salir?

¿Listo?, ¿ya está? - pregunté con miedo

Si lavaste la mascara protectora facial entonces sí, pasá. -me responde la secretaria desde lejos. Recorro el pasillo, el olor a sopa mezclada con lavandina ingresa por mi nariz, al llegar al estómago algo me frena. ¿Qué está pasando? -retumba en mi cerebro- ¿esto va a ser así siempre? El protocolo de higiene me genera tedio y ya me siento un poco como una de ellos.

De la habitación del fondo oigo a la directora que conversa con la nueva coordinadora:

-Roberto fue el primer residente que tuvimos desde que abrió el hogar

-¿Hace cuánto tiempo ya?

-Este año festejaríamos los 30 años, se bajó todo por lo del coronavirus.

Quedé impactada, le ganó a Mónica, 30 años viviendo acá, acatando órdenes. Era él mi nuevo objetivo.

Termino mi clase a las 14.45 pero 5 minutos antes, pendiente del patio, de que no haya directivos, pispeando a ver si lo veía, grito que todos salgan a lavarse las manos. Lo veo a Roberto. Me siento una espía. Sigilosa me acerco, él es el más mimado del hogar: puede despertarse más tarde, se le permite elegir, es el primero en recibir ropa en mejor estado y acompaña, de vez en cuando, a la dueña a hacer trámites. Él está en otro nivel. Le digo si puedo preguntarle un par de cosas. Primero me miró desde su metro noventa; luego, para saber si tenía tiempo disponible miró sus cuatro relojes, dos analógicos y dos digitales, cual Maradona, dos en cada muñeca, de esos grandotes. Se acarició la barriga como el tic de mi vecino de enfrente cuando sale a sacar la basura y se queda chusmeando; y me tiró una bajada de mirada asintiendo lentamente.

-¿Si fueras el dueño de esto, cambiarías algo? -le pregunté.

-Uff, tantas cosas. -resopló. -Dejaría que todos hagan lo que quieran hacer: ver la tele todo el día y tomar mate cuando quieran, ¡ah y quiero el colchón de dos plazas!

-¿Te gustaría tener una habitación para vos solo y no tener que compartirla?

-No, dormiría con alguien, una mujer.

-Si se terminara la pandemia ahora mismo, ¿qué harías?

-Iría a un restaurante a comer milanesas con papas fritas o ravioles con la carne chiquitita

-¿Sólo eso o harías algo más?

-Iría al río con mis amigos, como cuando nos dejaban salir, ¡qué lindo la pasábamos!

Recuerdo una de esas salidas, éramos dos a cargo de un grupo de seis personas. Caminamos tres cuadras hasta la parada del 161 cartel amarillo. Uno atrás del otro estiraban el brazo para parar al colectivo, parecían un grupo de nado sincronizado a punto de saltar a la pileta desde arriba del metrobús. Se subieron y se encargaron de que no quede nadie adentro sin haber sido saludado. Todos les ofrecieron los asientos y viajaron apuntando hacia el fondo. Todos los veían, y ellos con una sonrisa que les rodeaba la nuca. Estábamos por llegar y se fueron parando de a poco. Cuidadosamente se bajaron agarrándose de la manija y mientras veían donde iban a apoyar su pie buscaban esa mirada cómplice, y con los ojos achinados volvieron a saludar a todos. Lejos del hogar, el viento era libertad y el río los esperaba. Pero antes, sí, antes, apareció un kiosco. Ellos llevaban \$50 en sus bolsillos, y todo era caro. Era difícil abastecerse. Difícil porque no les iba a alcanzar para mucho y difícil porque tenían primero que negociar con las personas que imponían la norma: que no se compren nada excedido en calorías. La sonrisa de Raúl, levantando sus cejas e inclinando su cabeza hacia la izquierda me lo habían dicho todo. Lo miré como si fuera su Robín y como un rayo los seis le entregaban todo al kiosquero que miraba asombrado y desvalijaron

lo que pudieron. Salieron anchos del local, caminaban tranquilos, como si el tiempo no fuera a pasar. Al llegar al río se tiraron al pasto y charlaron hora y media comiendo todo lo que habían comprado. Sus caras de disfrute contagiaban y hasta envidia generaban. Era su momento. Eran ellos, haciendo lo que tenían ganas de hacer.

Pero lo peor se acercaba, el regreso. ¿Cómo íbamos a hacer para sacarlos de ese paraíso?

Ellos sabían también que iba a terminarse en algún momento.

Reclamaron 10 minutos más. Y se lo concedimos, ¿qué nos costaba?

Las caras se arrastraban por el asfalto en subida y el paso se volvía aún más pesado. Llegados a la puerta, se amontonaron, parecían un grupo de guardaespaldas cuidando que nadie tocara el timbre. De casualidad, la secretaria justo abrió la puerta, como si hubiera intuído que allí estábamos. Las caras se transformaron.

Al entrar al hogar todos buscaron una víctima para contarles sus conquistas.

La primera persona que se le cruzó a Raúl fue Silvia. La agarró de la muñeca y encaró directo al comedor. Silvia, totalmente atónita, se dejó llevar.

Con el brazo parcialmente libre, porque bajo él llevaba la botellita de coca, enganchó con su dedo índice el borde de la silla y la sentó.

Como cuando uno cuenta esos momentos donde la vivió soñada, que los ojos se te salen de la cara y todo tu torso está disponible a repasar cada segundo del recorrido, le recitó la aventura. Ella, se dedicó a escucharlo desconociendo el mundo y al ritmo de una periodista experimentada, le preguntó hasta los detalles más exquisitos.

En ese momento, el olor a sopa se esfumó y predominó el aroma a viento fresco de ese río libre, inundando cada junta de azulejos; el piso de la sala comenzó a sentirse blando como el pasto y se oían carcajadas producto de esa ansiedad por volver a vivir una nueva aventura.

Rascar el fondo

Por Galateo, Violeta Leila

La fila ya dobla la esquina. Las ollas humean y dan un poco de calor en el día lluvioso. Hay hambre y la gente no afloja sin importar el día. Ollas esperando su porción. Personas que sostienen ollas esperando su porción de los martes y jueves para no engañar al estómago con mate por las noches.

La distancia social oscila y a veces, a pesar de la insistencia, se olvida. Los abrazos reprimidos se condensan en un codazo. Helena es la primera en llegar y también la última en irse cada noche. Hace años dirige la Sociedad de Fomento de San Carlos en el barrio de Isidro Casanova. Hablar con el barbijo se vuelve complicado y todo suena un poco atrapado. Nadie pensó nunca que podría existir algo semejante al dolor de orejas. Parece tan absurdo ¿cómo te puede doler una oreja? Pero el elástico tira y después de 3 horas la oreja esta ya roja y un poco doblada y sí, duele.

Para hacer más amenas las tareas siempre se escucha algo de música. A Helena le gustan las cantantes así que cuando ella toma el control del parlante siempre suenan Las Taradas, Marilina Bertoldi, Mon Lafarte, Mercedes Sosa, entre otras. Todo cambia si llega su hija. Para distraerse y bailar frente a los espejos, a todo volumen se escucha reggaetón, Bad Bunny, J Balvin y Daddy Yankee. Algunas pelan papas, otras lavan ollas, prenden el fuego, la madera cruje y empieza el humo. En el parlante suena de fondo, envolviendo y empantanando el ambiente, "cambiamos buenas por malas y al ángel de la bicicleta lo hicimos de lata. Felicidad por llanto ni la vida ni la muerte se rinden con sus cunas y sus cruces" Como un triste presagio que flota en el aire, parece que la muerte se encuentra a la vuelta de la esquina. ¿Nos está buscando o la estamos buscando a ella?

El enemigo es invisible pregona la tv, pero caminando por las calles uno lo puede sentir a flor de piel. Es; tan palpable como las manos con ese olor aséptico característico del alcohol en gel, reseca y áspera de tanto frotar la suciedad del hollín adherido a las ollas para conseguir esa tan ansiada pulcritud. Pero sin importar cuánto uno frote la esponja metálica, casi deshilachada, y raspe y raspe con intensidad, el hollín sigue ahí, intacto. Manos ya no aptas para una caricia reconfortante, restringen su función primordial y evitan tocar la cara sin lograr borrar las lágrimas. En un barrio donde te podés topa con una iglesia cada dos cuadras, Dios no parece escuchar muchas plegarias. En su lugar, cientos de mujeres y hombres están dispuestos a ayudar. Desde la base. Desde el sentimiento. Desde lo popular.

De repente, Nahuel se corre su barbijo para tomar un poco de matecocado. Totes coinciden: detrás de la máscara de tela se escondía una barba de varios meses sin recortar y una nariz proporcionalmente puntiaguda que desarmonizaba con su pálida boca. En el imaginario colectivo; tenía más cara de niño, pero si algo no lograba ocultar eran las profundas ojeras como surcos que profundizaban su mirada, el barbijo te quita años le dice Helena, entre risas. Gracias por decirme demacrado, responde él.

Todavía están pegados; en la pizarra de la entrada los horarios. Papelitos coloridos, hechos a mano con lapiceras y fibras que hace meses perdieron todo su sentido. Lunes y miércoles, 18hs, patín artístico infantil. Jueves 17hs, teatro juvenil. Martes y jueves, 19hs, Taekwondo. Abajo se puede leer; \$50 cada clase o lo que vos tengas, ¡no te quedes afuera! Esa siempre fue la idea y sigue siéndola: generar un espacio donde el barrio pueda expresarse, donde todes puedan disfrutar.

Helena todavía recuerda a los chiques bailando, corriendo por todo el lugar, dándole vida a ese espacio, a veces, un poco abandonado por los achaques de la humedad. Sus caras, su diversión, chivando y aprendiendo. Las reuniones sentadas en ronda y varios mates girando. Hoy, eso clasifica como arma mortal, ¿compartir mate? un acto claramente suicida.

El martes llegó un aviso. Un post en Facebook, mensajes insidiosos en grupos de WhatsApp: “En la olla todos tienen el virus” “están contagiando a todo el barrio y no les importa nada, irresponsables” “ya hay cuatro familias con coronavirus a solo dos cuadras de la olla.” Una “X roja y gigante” en medio de una pared del barrio. Simbólica, acá están les infectados. Una cacería virtual y no tanto. Los leprosos del siglo XV o los sidosos del siglo XX. La no tan nueva moda de juzgar a personas por una enfermedad que no controlan ni buscaron.

Helena junto con Nahuel se acercan al domicilio con todos los recaudos posibles y con intención de ponerle cara a los infectados, a los parias del barrio. La manzana podrida que busca expandir el gusano por todo el cajón, escrachados en redes sociales como si fueran delincuentes. La cara tras la ventana devuelve la tristeza de la marginalidad. Resulta que tienen nombre, resulta que tienen una historia, sentimientos y, sobre todo, temor por los niños y adultos.

Rosa, quien los recibe desde dentro les cuenta el calvario. Hace dos semanas su hija mayor, Miriam, compartió un mate con su patrona, en la casa de ella, donde trabajaba como empleada doméstica. No era un trabajo estable ni registrado, pero era el principal sustento de la casa y no podía darse el lujo de dejar de ir. Hace cinco días que habían confirmado que la señora dio positivo en COVID-19. A partir de ese momento, y sin ninguna orden de nadie en particular, Miriam y su familia, se auto aislaron.

“Somos todos vecinos hace años. Acá todos se conocen con todos, nunca quisimos contagiar a nadie, ni siquiera sabemos si lo tenemos nosotros. Pero primero se juzga y después si hay tiempo preguntan”. El valor que da el anonimato. Una capa de píxeles, acciones que se piensan insignificantes y tienen un impacto nuclear en toda una familia. “Si mi hija se hubiera podido quedar en casa desde un principio lo hubiera hecho, se los aseguro, pero no fue así, necesitábamos esa plata. Yo rezaba desde que se iba hasta que volvía porque no se enferme, ni ninguno de nosotros, porque no la pare la policía y se la lleven por no tener un permiso. No siempre es tan fácil quedarse en casa, pero ahora estamos haciendo todo lo que podemos”.

Helena y Nahuel dejan todo en la puerta de la casa. Rosa cuenta hasta 30 y recién ahí sale. Agarra las cosas: una olla con lo que cocinaron esa noche, fideos, arroz, latas de tomate, matecocido y unos paquetes de galletitas para los más pequeños de la casa. Respira profundamente y exhala, no va a volver a sentir la brisa de la calle de nuevo por un buen tiempo. Vuelve a entrar rápidamente y deja todas las cosas en la mesa, se lava compulsivamente las manos y rocía todo con alcohol. Se sienta resignada, resopla. Está exhausta de su nueva rutina.

Y si, la familia Gómez iba a la olla como otras 450 personas del barrio que se acercan dos veces por semana, aclara la sociedad de fomento en su Facebook. Y no, no está confirmado el contagio. No, no, todavía no fue nadie del parte del Estado a hacerles un test. Y si, hubo un contacto estrecho de alguien de la familia con una persona que sí está contagiada, pero no, por ahora ninguno presentó ningún síntoma y rogamos que sigan así.

Unos días después se acercaron de la municipalidad, los testeos confirman la tan ansiada noticia. Nadie en la casa tiene coronavirus. Rosa vuelve a respirar, de repente todo se ordena en su cabeza, un simple dato que lo modifica todo. El peso de la incertidumbre se borra, a veces las buenas noticias son malas, a veces las malas noticias pueden convertirse eventualmente en buenas. Pero ¿qué pasa con las no noticias? ¿Con el vacío de la información? Aprieta el pecho y crece el temor. La angustiante desinformación se esfuma con una sola palabra, negativo. Lo que

no desaparece es esa X roja y colosal que todavía adorna la pared como la muestra grafica de que los tiempos tanto no cambian.

Las palabras de Rosa no paran de resonar en la cabeza de Helena, como un pájaro carpintero que repite una y otra vez “no siempre es tan fácil quedarse en casa”. No es fácil quedarse en casa cuando la alacena está vacía y también la billetera. Pero tampoco es fácil quedarse en casa cuando ves a gente desesperada, cuando sentís que el hambre abunda. Aunque no puedas salir, siempre se puede hacer algo. Donar es un gran ejemplo. Helena y el resto de gente de la olla levantan hasta las piedras para encontrar de donde rebuscar una donación, la más mínima, aceite, juguetes, ropa, verduras, pan, viandas, puré de tomate, fideos, libros, harina, dinero, carne, pollo, arroz, todo sirve. Cada donación cuenta y hace la diferencia.

En cada barrio del AMBA, puedes encontrar una olla como la de la Sociedad de Fomento de San Carlos. Seguramente las vas a poder descubrir si prestás atención quizás te llega el olor a guiso casero de abuela, abundante y jugoso, que emanan. Si detenés la mirada por más de un segundo y observás en lugar de ver, vas a poder apreciar el humo que sale de las ollas. Si afinas el olfato, sentís la madera quemada, crepitante y chamuscada de horas al fuego. Quizás la fila llega a la puerta de tu casa y dobla por la otra cuadra.

El sabor del café

por Candela Ferreyra

La mañana del 1 de mayo Mario despertó con un fuerte dolor en su pecho. Lo atribuyó a la falta de sol o quizá a la falta de contacto humano que tanto estaba añorando, de todas maneras ambas razones estaban volviendo su vida una agonía constante. A pesar de ese despertar tan poco promisorio continuó con su rutina matutina, esta vez adaptada a un feriado, adaptado en cuarentena. Se despierta del calor de sus sábanas y empieza a realizar algunos estiramientos que le ayudan a despertar su cuerpo. Toca descalzo la alfombra que se ubica en el piso al costado de su cama y agradece su suavidad y su textura esponjosa que le da los buenos días. Recorre los dos metros que lo separan de su ventana y levanta su pequeña persiana. Esa que lo acompañó desde el primer día que habitó la casa, y recuerda haberla elegido con ayuda de su hijo y reírse de su tamaño tan peculiar y enternecedor. Ahora, después de tantos años y con su tamaño intacto sube con un poco de dificultad pero con precisión, acompañada de ruidos demasiado agudos inesperados para un objeto tan diminuto. Parece quejarse de seguir funcionando a pesar de su edad y del descuido que tuvo su dueño hacia ella -en las temporadas que vivieron juntos Mario jamás le pasó un trapito mojado para sacarle el polvo acumulado-. Le recuerda a esas señoras que parecen haberse encorvado por el peso que acarrean en su espalda desde pequeñas, parecen inofensivas y frágiles si las ves de lejos pero basta con acercarse un poco para darse cuenta de la fuerza y la valentía que emana desde su mirada y su voz tajante.

A pesar de los ruidos molestos la vista que obtiene luego de levantar al máximo su persiana lo deja sin aliento. Las nubes al fin se fueron y el calor del sol penetra en su rostro sin pedir permiso, por más que lo intente Mario no puede mantener los ojos abiertos; mientras se le cierran toma una gran bocanada de aire, tratando de suavizar esa sensación de sofoco con la que se había levantado y amagaba con quedarse con él todo el día. El calor de los rayos del sol ayudan a aclarar su mente y recuerda que hoy es su día libre, quizá se ocupe por desayunar algo más que un café caliente y algunos cigarrillos.

Deja la tranquilidad al lado de su ventana para refrescarse la cara con agua fría y borrar los rastros de almohada tatuados en sus cachetes.

Prepara unas rodajas de pan para tostar y mientras espera su celular comienza a sonar. En la pantalla aparece la foto de su hijo. Al ver su cara una sensación de liviandad recorre su cuerpo y comienza a sentir ese calor abrasador que tanto necesitaba. Otra vez el dolor en el pecho logra ser eclipsado. Sonríe y atiende:

- ¡Hola, Juancito! ¿Cómo está mi hijito querido?

- ¡Hola pá! Todo bien, cansado de estar encerrado. Te llamaba para decirte feliz día, hoy nos tocó un feriado lindo a los trabajadores eh. Al fin salió un poco el sol.

- ¡Si! La verdad que ya estaba necesitando un poco del cielo celeste, lo extrañaba - responde mirando por la ventana de su cocina y sintiendo el olor que comienzan a dejar las tostadas.

- Ojalá esto termine pronto, ¿vos tenés laburo? Porque escuché que algunas remiserías están con menos trabajo. Si necesitas algo podés llamarme, lo sabes.

- Si hijo, no te preocupes. En la agencia seguimos trabajando como siempre.

- Bueno, cualquier cosa llamame. Te tengo que dejar pá. Te quiero, cuidate.

-Vos también hijo, gracias por llamar.

Mario deja el teléfono en la mesa y esa presión en el pecho vuelve con más fuerza que antes. La pregunta de su Juancito lo dejó helado, no sabía qué decirle y tuvo que mentirle. No quería que se preocupara, él vive en una provincia distinta, no hay nada que pueda hacer desde allá. Levanta la mirada de su taza de café y se encuentra con la pila de sobres escondida en la esquina más lejana de la mesa. Sobres de distintas procedencias pero con un mismo mensaje: "Estimado Sr. López, lamentamos informarle que nos vemos obligados a cortar el servicio..." Todos lamentaban y mientras tanto esa molestia que sentía en su interior seguía creciendo a la par que su preocupación

comenzaba a transformarse en realidad luego de la pregunta de su hijo.

Un ruido punzante lo despierta de sus pensamientos y lo trae a su café casi frío y sus tostadas casi quemadas. Mira el cenicero que acumula cenizas antiguas de un tiempo en el que se permitía fumar un atado por día. Hoy se prometió no comenzar su día sintiendo el humo de esos cilindros tan pequeños y delgados que simulan ser nuestros confidentes y llevarnos a un estado de tranquilidad que por el ajetreo del día somos incapaces de lograr; pero en realidad son nuestros peores enemigos cuya única misión es volver a su anfitrión en un organismo cada vez más enfermo incapaz de curarse.

El sonido del timbre vuelve a sonar. Se levanta y es el cartero, ¿otro sobre más? Lo recibe y cuando está a punto de depositarlo en la pila junto con los otros olvidados, ve algo que llama su atención. El apellido de su jefe. Lo abre con delicadeza tomando noción de cada movimiento, saca la carta y comienza a leer las primeras palabras de lo que se convertiría en la peor de sus pesadillas.

De un segundo a otro Mario sentía como toda su vida comenzaba a derrumbarse, podía verlo como un espectador ve un edificio caer: primero se derrumba su base y luego todo lo que ésta sostenía se viene abajo, desmoronando cada rincón, cada espacio, cada historia vivida allí dentro. Todo su cuerpo se pone en alerta decidido a rechazar esa noticia. La presión en su pecho muta en una asfixia insoportable, siente como el vacío se apodera de toda su esencia y lo hunde cada vez más en sí mismo alejándolo de su cocina y transportándolo a un lugar solitario y oscuro. Su cuerpo entero comienza a sudar y sus pelos se encrespan, parece haber olvidado como respirar, una acción tan inconsciente se vuelve consciente y si él no comienza a inhalar y exhalar se desmoronara en cualquier momento. Su vista comienza a nublarse y siente como perderá el conocimiento desplomándose sobre su café, manchando cada parte de esa carta sin antes haberla leído con mayor detenimiento. Desearía no haber tomado ese sobre. Toma un poco de agua, se sienta y vuelve a leer cada palabra intentando respirar en cada pausa: "Estimado Sr López, como ya sabrá, debido a la situación actual del país la agencia no estuvo recibiendo suficiente clientela. Es por eso que nos vemos obligados a realizar determinados ajustes. Lamento informarle que usted queda despedido...."

Esas palabras quedaran grabadas en su memoria, puede sentir el gusto amargo que deja en su boca y como éste será una constante en su vida. Siente cómo de repente todo es mucho más pequeño, cómo todo se cierra y lo deja suspendido en el aire, incluso puede ver cómo su hogar deja de serlo y se convierte en un lugar desconocido lleno de objetos que no le son familiares, con personas que tampoco conoce.

La notificación de desalojo se haría efectiva esa semana. ¿Cómo debería prepararse uno para estas situaciones? ¿Cómo debería prepararse para una vida sin el calor de sus sábanas, sin la frescura que le brinda la ducha de la mañana? Y sin el café, ¿como arrancar su día sin él? Posteriormente a una de sus primeras noches de insomnio amanece con el ruido de un golpe que lo obliga a levantarse de su cama. Al abrir la puerta unos hombres uniformados le devuelven la mirada y sabe que el momento ha llegado.

- Buenos días, ¿es usted el Sr López?

- Sí, así es.

- Tenemos órdenes de desalojar esta propiedad lo más pronto posible. Sabemos que usted ya fue avisado, así que esperamos nos deje trabajar sin resistencia.

- Si, ya recibí y leí todos sus sobres. Solo déjenme agarrar mis cosas y despedirme del lugar -respondió sin emoción alguna, con una voz monocorde como de quien repite un guión previamente ensayado. Así se siente, como protagonista de una obra trágica. Desligado de su realidad va en busca del bolso que preparó la noche anterior: un poco de ropa, algunas mantas, algunos libros, algo de comida, sus medicamentos para la diabetes y un pequeño neceser floreado que había

heredado de su madre. Recorre con su mirada cada rincón de la casa en el que pasó los últimos 10 años buscando retener cada detalle. Camina hacia la ventana de su habitación y con los ojos cerrados deja que el sol por un momento lo despida en el tiempo. Se queda unos minutos así antes de agarrar su bolso e irse.

Al salir a la calle su respiración se acelera y se da cuenta que no sabe cómo proseguir. Tenía el contacto de una organización del barrio que ofrece camas para la gente en situación de calle, pero le daba pudor tocar esas puertas. Jamás imaginó terminar de esta manera. Un hombre de 58 años sin trabajo, ni casa que habitar, en medio de una pandemia. Lamenta haber vendido su auto, sería una gran opción para pasar la noche.

Camina en dirección a la organización que quedaba a tan solo unas pocas cuadras y cuando llega se sorprende al ver una fila tan inmensa. Al acercarse a preguntar escucha lo que más temía: "No disponemos de suficiente lugar para tanta cantidad de gente. Discúlpenos, puede regresar otro día un poco más temprano, quizá la semana que viene".

Sin más remedio que asentir sigue su camino, ahora en dirección a la plaza más cercana. Se sienta en uno de esos bancos de plaza de cemento gris, duro y frío -similar a su presente- que parecen haber sido diseñados por el mismo creador de sus últimos meses empeñado en hacer más tortuoso su destino. Sentado en el material de temperatura helada que enfría su cuerpo distanciándolo más del calor que necesita, repasa cada momento de los últimos 4 meses. Las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos y a bajar por su cara hasta llegar a su cuello. La incertidumbre de un futuro desconocido y de un presente casi maldito lo arrastran a la oscuridad más temible que haya vivido. Seca sus lágrimas y puede sentir las miradas pesadas de las personas que pasan. Lo último que deseaba era percibir la lástima de los demás.

Los días pasaban y las noches se volvían cada vez más frías. Mario no había conseguido lugar en el alojamiento y su única cama eran los bancos de plaza que revestidos de hojas se sentían un poco más cómodos. Pidió ayuda a varias organizaciones estatales pero no recibió respuesta alguna. Tampoco intentó llamar a su hijo, le parecía muy humillante. Cada día que amanecía en el parque extrañaba una cosa más. La comodidad de su colchón, la ducha caliente que relajaba sus músculos, el olorcito a tostadas y café que inundaba los espacios de su casa.

- Hola señor, mi nombre es Estela. Soy vecina de la plaza, hace días que lo veo acá y venía a traerle un poco de café, pensé que podría necesitar tomar algo caliente.

Y de repente esa voz irrumpe con sus recuerdos de una manera tan inesperada que da un brinco en su lugar.

- ¿Café? ¿Dijo café? -pregunta Mario mirando a la señora de pelo morocho y enrulado que tenía ante él, y que en una mano sostenía un termo y en la otra le colgaba una bolsa de nylon y un vaso blanco de telgopor.

- Si, tome tome. Está recién hecho. Si quiere acá hay azúcar. Le traje algo de comida también- Estela le acerca el café y Mario lo toma.

-Gracias señora, perdón es que no sé qué decir. No mucha gente para a mirarme, a veces siento que soy invisible.

- No hay de qué. ¿Hace poco tiempo que vino a esta plaza verdad? No creo haberlo visto antes.

- Si, lamentablemente no tuve otra opción más que dormir acá -respondió cabizbajo y con un tinte de tristeza recordando cómo era su vida hace tan solo días atrás.

Ante el silencio de la señora levanta la mirada y observa cómo sus gestos toman otra forma: su ceño se frunce, su cabeza se inclina hacia un costado, sus labios forman una leve curva hacia abajo, sus ojos brillantes y llenos de preguntas miran hacia la distancia -como si allí estuviesen

todas las respuestas que está buscando- sin mirar nada en particular solo deteniéndose en los pensamientos que invaden su mente. Entonces la duda comienza a manifestarse en su rostro, dirige la mirada al señor que tiene delante y se sienta a su lado en un intento de mayor proximidad. La mujer exhala mostrándose interpelada y frustrada por lo que acaba de descubrir. Se sirve un poco de café y ambos calientan sus manos con el vaso de telgopor. Ese simple gesto le dió a Mario la confianza necesaria para contarle un poco el giro que dió su vida.

Si uno los miraba parecían dos amigos que se reencontraron luego de años sin verse: una escuchando al otro con atención y en total silencio en un verdadero acto de empatía, estremeciéndose, sonriendo y hasta soltando alguna lágrima si el relato lo requería; y el otro hablando sin interrupciones, solo haciendo pausas para tomar un sorbo de café caliente que parecía necesitarlo más que a nada en este mundo.

PASAJES

Historias de vida

Por Brenda Fahey

El otro día Ana me dijo: “Esto no se lo conté nunca a nadie”.

Eli abraza ese secreto orgullosa y no me lo revela.

Ana tiene ochenta y cinco años y vive hace ocho años en un edificio de Almagro. Eli pasó los treinta, es su vecina y vive con Cuca, una bola negra de pelos largos y mirada amarilla inquisidora. Ellas se habían cruzado algunas veces, pero nunca habían hablado.

- Viste que la ciudad es muy impersonal -dice Eli-. Cuando empezó la cuarentena me ofrecí como voluntaria por si alguien necesitaba algo en el edificio. Siempre pienso en las viejas. Ahora nos hicimos amigas y almorzamos una vez por semana.

El veinticinco de mayo comieron locro, el primero que probó Eli. Un sábado hizo un pollo al champignon con puré, lo guardó en unos tupperes y lo bajó al departamento de Ana, otro sábado fue tortilla con ensalada. Religiosamente comen algo dulce, no importa qué, pero el postre no falta. A eso de las dos de la tarde Eli sube y Ana se acuesta a dormir la siesta. A veces, cuando la saluda, le dice con tono trágico pero ligero: “bueno, si no me despierto, mejor”.

Una vez por semana le hace las compras, y esporádicamente, habla con las hijas de Ana. Una de ellas, Norma, está celosa. Sobre todo porque ahora que Eli va a ayudarla, Ana le dijo a sus hijas que no vayan a verla. Norma y Diana, las hijas, también están dentro del grupo de riesgo, lo que no es una excepción en estos casos. Por cuestiones generacionales, un adulto mayor de más de ochenta años tiene hijos de más de sesenta, como en el caso de Ana.

A Eli le brillan los ojos cuando habla de su vecina, mueve la boca con una sonrisa leve pero permanente. Su mamá falleció hace quince años y sus abuelas murieron antes de que ella naciera, tal vez por eso todo lo que ve y escucha en la casa de Ana le parece amoroso y cargado de historias. Como no puede llegar a lo alto de la alacena una vez le pidió a Eli que le alcance unas cosas: “cuando abrí el mueble de la cocina, lo primero que vi fue un frasco de vidrio lleno de terrones de azúcar, esos cuadraditos chiquitos -dice y muestra el tamaño con los dedos- recuerdo haberlos visto en mi casa cuando era chica, me dijo que había sido de su mamá que murió hace diez años”. Esos terrones no endulzan nada, están detenidos en el tiempo. La mamá de Ana vivió veinte años en un geriátrico, cuando su salud se vio desmejorada Ana le preguntó a un médico cuánto tiempo de vida le quedaba y el médico le dijo: “ya está en edad de merecer”. Ana le dice a Eli que ella también está en edad de merecer, que espera despedirse de la vida con consciencia y con deseo y que es algo que no puede hablar con sus hijas.

Sabrina tiene ojos celestes profundos, habla apurada, dice todo en un mismo tono intenso y monocorde. Tiene una sola abuela y una mala relación. Desde que comenzó el aislamiento la comenzó a llamar seguido, para ver cómo está y empezó a indagar sobre algunas historias de la familia que no sabe bien de donde vienen. Su abuela le contó que se casó con su abuelo después de estar comprometida con otro hombre y que después de enviudar nunca volvió a estar en pareja. A Sabrina le interesa mucho saber si hay ascendencia afroamericana en la familia, pero va despacio, no la atosiga a preguntas y la deja hablar; como quien no sabe bien qué es lo que está buscando exactamente, pero espera encontrar una respuesta entre tantas palabras y reconstruir algunos vacíos. Es muy difícil pero necesario, suspira, y quiere desentrañar algunos secretos familiares. Su voz se hace chiquita y por primera vez hace una pausa para respirar. Uno de los hijos de su abuela, el del medio, murió hace unos años. Ella, que amaba ir a bailar tango, dejó de ir y de hacer todo lo que le gustaba. Algo pasó que después de eso se cortó el vínculo con los hijos de su hijo muerto. Sabrina siente que el silencio de la historia es más fuerte que lo que le contaron y que hay algo de esa omisión que es tan grande que se traslada desde el silencio y se sigue repitiendo. Como las olas, me dice.

- Hoy cumple ochenta y cuatro años y le hicimos una videollamada.

Su abuela Porota vive en Don Bosco en una casa grande con un fondo enorme, cuenta Sabrina y cuando dice enorme alarga el brazo hacia adelante en un baile circular y pausado. Sufre hace tiempo de problemas en los bronquios por lo que le indicaron ejercicios. Como no puede salir a la calle, todos los días va al fondo de la casa y camina en círculos y da exactamente cinco vueltas. Lo hace lento pero muy atenta porque le tiene terror a los sapos de su casa. Aunque mira Crónica todo el día, casi no se informa. Sabrina le explica algunas cosas sobre cómo prevenirse del virus, pero ella tiene una visión un poco abstracta de lo que está pasando. Antes del aislamiento, Porota trabajaba en un club de barrio, en la parte de la recepción y es lo que la mantenía activa. Extraña salir a la calle, está angustiada y con miedo porque no sabe cuánto tiempo más va a vivir. Tres meses para ella es mucho tiempo, lo siente permanente y definitivo.

Eli es fotógrafa y sus palabras son imágenes. Su vecina tiene una obsesión con los rollos de cocina, usa tres diferentes y le cortó un pedacito de uno como muestra, para cuando vaya a comprarlos en una casa de artículos de limpieza que está cerca. Cuenta casi con picardía que Ana no sólo le pide las compras esenciales del supermercado. Hace unos días le pidió que le comprara un camisón que después tuvo que cambiar por uno más grande y una tabla de inodoro que tenía rota hacía bastante y ella no había podido comprar. No por el dinero, cobra una jubilación un poquito mejor que la mínima y no pasa necesidades, sino porque tiene muchas limitaciones físicas. Toma aire y enumera de corrido: artrosis, escoliosis, prótesis en los dos lados de las caderas a causa de dos caídas diferentes, usa andador y bastón, no camina bien, está torcida y tiene una pierna más larga que la otra. Habla con más énfasis de sus virtudes, le encanta leer, trabajó treinta años como administrativa en una editorial y ya le prestó cuatro libros que todavía no leyó.

Durante la cuarentena, cuenta un poco al pasar, Eli resolvió algo que tenía pendiente. Hace unos años había encontrado, en un contenedor de basura, los álbumes de fotos de una señora, Elvira, que sus nueras habían tirado a la calle cuando vaciaron su casa para llevarla a un asilo. Eli las subió a un grupo de Facebook donde se comparten fotos encontradas. Hace unas semanas, una nieta de Elvira las vio, después de estar cuatro años esperanzada en que alguien haya encontrado esas fotos y las suba a ese grupo. Así es como Eli le devolvió todas las fotos de la abuela Elvira a esa chica que no conoce. La nieta ahora está trabajando en Chile y lo envió al novio a buscarlas y no para de decirle a Eli lo importante que es para ella haber encontrado esa parte de su historia. Eli lo sabe.

Con Ana hablan también de la muerte, de la vida, de que antes que pasara todo esto, aún con sus dificultades, Ana salía a la calle y se ocupaba de sus cosas y ahora siente que molesta.

- El otro día me dijo algo muy lindo -a Eli le brillan los ojos- me dijo que yo le daba tranquilidad y que le gustaba charlar conmigo.

Porota habla de su infancia, y Sabrina logra por primera vez escuchar los nombres de todos sus hermanos. Anota todo para hacer un árbol genealógico. Ella en realidad se llama Salvadora Genoveva, tuvo cinco hermanos y uno murió trabajando a los quince años aplastado por un torno. Sabrina anota todo lo que le dice, siente a su abuela como su historia viva, y abraza del otro lado del teléfono todo lo que ella tiene para contarle.

En un momento Eli se pone seria y con un mínimo gesto de solemnidad, cuenta que hace unos días Ana la llamó por teléfono para pedirle un favor. Había escuchado en la radio que hablaban de una nota que salió en Página/12: "Coronavirus: La pandemia y el sistema-mundo".

-Después, tal vez, la podés buscar- Eli sintió que le daba un regalo -. Me gustaría que un día la lean mis nietos y mis bisnietos.

Mi vecino el policía

Por Agustina Córdoba

- No te metas en esa, ahí viven policías -escucho por debajo del tapaboca de mi vecina del piso de arriba cuando yo le mencioné que por las noches de sábado de cuarentena, se escucha mucha gente que festeja cumpleaños, cantan, bailan hasta las 4am y que deberíamos denunciarlos.

Deberíamos pero no lo hacemos, porque lamentablemente conocemos el accionar que se obtiene como resultado en muchos casos, al involucrarse en actos realizados por el personal policial.

Desde el mes de marzo nos encontramos inmersos en un mundo desconocido por nosotros antes, dividiendo nuestra espacialidad en fases y no en meses o lugares, usando tapabocas al salir de casa, con la piel de las manos reseca de tanto utilizar alcohol en gel y desinfectar con lavandina los alimentos, las bolsas del supermercado, desconfiando de cada persona que involuntariamente no respeta el metro y medio de distancia y, sobre todo, extrañando a la familia, los amigos y los momentos compartidos. Pero, sin duda, el cumplimiento de la normativa no es para todos igual.

Desde mi balcón puedo ver el movimiento casi nulo de la cuadra de mi barrio en estos tiempos de cuarentena, el sonido proveniente de la calle es casi nulo como si el tiempo estuviera suspendido sin movimiento durante las noches, en la vereda de enfrente hay una fábrica abandonada con un inmenso cartel de "se alquila" que se sumó al paisaje a fin del mes de abril. Al lado un edificio de cinco pisos donde nadie sale al balcón excepto la chica del tercero a tomar mates sola frente a su teléfono mientras hace videollamada, y los vecinos del quinto piso que llenan el balcón de globos y juegan juntos todas las tardes para que su hijo pequeño logre entretenerse y realizar actividad al aire libre, reemplazando las salidas a la plaza del barrio con sus amigos por jugar en el frío piso de porcelanato del balcón de ocho metros cuadrados. Lo mismo con los vecinos de la casa lindera, puedo ver cómo en el pequeño patio una madre se las ingenia todas las tardes para que su hijo de cinco años se divierta: un día pintan la rayuela en el piso, otro juegan a la pelota, y otros días dan un concierto con instrumentos caseros hechos de tachos de pintura, una escoba que se transforma en guitarra y un perro que hace de público. Con el objetivo de generar alguna charla espontánea para pasar el tiempo en aislamiento, entre todos hacemos contacto visual, nos saludamos y nos preguntamos cómo estamos, y aunque la respuesta sea "todo bien" las expresiones faciales revelan las vivencias de todos los vecinos hoy en día. En realidad con todos no, porque hay un angosto pasillo de PH a dos casas de distancia del edificio donde vivo con los que nadie en la cuadra habla, ni observa, ni saludan. En ese PH vive un personal de la fuerza policial de la provincia de Buenos Aires y su familia. Allí se suceden los encuentros sin cumplir las normas establecidas para todos en la cuarentena, se organizan reuniones de amigos y familiares. Todos los fines de semana se ve gente llegando a la casa con bandejas con empanadas, pizzas y bebidas para compartir.

Mientras el resto de los vecinos hacemos malabares para pasar los momentos del aislamiento con los niños pequeños, los problemas económicos o el mismo temor a padecer el virus, en la "casa del policía" como se la conoce, parece que el tiempo se detuvo en el verano del 2020 cuando nadie imaginaba la situación actual.

Transcurren las semanas, las fases, los avances y retrocesos, continuamos con las videollamadas aunque ahora no son tan novedosas como lo eran en marzo; las imágenes en la televisión donde es inevitable no consumir siempre las mismas noticias en los distintos canales cubriendo sus horas televisivas entre filmaciones de cámaras de seguridad de actos de delincuencia, asaltos de motochorros y la renovación constante de las nuevas cifras de víctimas del virus o sobre la extensión del aislamiento, todo parece ser igual día tras día. Incluso en el barrio todo continúa del mismo modo, aunque más apagado ¿Será por el frío que obliga a estar en casa o será que se siente en el ambiente la preocupación de los vecinos por el momento que estamos

atravesando? Y entre pensamientos, reflexiones, irrumpen el silencio de las noches frías las risas y conversaciones en voz alta de los familiares y amigos de mi vecino el policía al entrar y salir de la casa. El día del padre no fue la excepción, desde temprano en la mañana se escuchaban autos que llegaban y estacionaban frente al edificio en donde vivo, y al ver a las personas descender de los vehículos, no bastó más que prestar atención a sus actitudes para saber a dónde se dirigían: desde dos vehículos descenden hombres y mujeres con niños de diferentes edades, los hombres con una bolsa de bebidas, las mujeres con bandejas tapadas con repasadores de cocina que no permiten ver lo que transportan y los niños, con bolsas de regalos en la mano. Me pregunto, ¿qué tan apurados habrán tenido que salir para que ninguno de ellos tuviera tiempo para colocarse el tapabocas? Mientras continuaban coordinando para bajar las cosas que traían, en la vereda esperaba mi vecino fumando un cigarrillo con una mano y con la otra enviando audios de whatsapp mientras miraba impaciente a sus invitados que se demoraban. Rápidamente los niños lo saludan, mantiene una conversación con los adultos e ingresan al pasillo del PH donde mi mirada ya no puede llegar. En ese momento mi familia se encuentra llamando a mi teléfono para la videollamada del día del padre.

Un sentimiento de nostalgia interrumpe la indignación que produjo en mí ver este tipo de actos. Los recuerdos de los festejos del día del padre cuando nada de esto existía me asaltan, cuando todos estábamos acostumbrados a juntarnos para compartir no sólo con la figura paterna sino con toda la familia, y lo difícil que será esta vez por la distancia social que estamos atravesando, pero más aún por la situación inesperada para los que se encuentran en los centros de aislamiento, internados o que han perdido un ser querido a causa del Covid-19.

Esa tarde fría de domingo en un afán de mejorar el estado de ánimo por ser el día del padre y por extrañar la marcada rutina de preparar las cosas para el lunes poder ir a trabajar como siempre hasta que llegó la pandemia, decidí ir a comprar al supermercado lo necesario para agasajarme en el momento de la cena. Pero, una vez más la realidad se hace presente al pasar por el hogar de ancianos que se encuentra de camino al supermercado del barrio. En la vereda del hogar de ancianos, se podía ver a simple vista que había un movimiento revolucionario para los hijos y nietos, y hasta para los mismos abuelos que lo habitan: el afectuoso momento del festejo del día del padre donde reinaban los asados, el buen vino y la familia, quedó reducido y transformado en un saludo a la distancia, a través de un toldo transparente que fue colocado en la reja del garage del hogar, como método de barrera para disminuir el contacto directo entre familiares y ancianos. En la vereda los familiares haciendo señales de besos y abrazos a los ancianos que de a uno se acerca como mínimo a dos metros de distancia del toldo transparente desde el lado de adentro del hogar. Las enfermeras y trabajadoras del geriátrico empujan las sillas de ruedas hasta allí y sostienen sus manos con la calidez que el momento amerita. ¿Cómo continuar mi marcha al supermercado después de ese momento? En mí no cabe otra cosa que no sea continuar viendo esa secuencia, abuelos que salen al garage y vuelven a entrar al hogar, familiares que se corren a un lado cuando es el momento de otro anciano para ver a su hijo y que, mientras esperan su turno, aprovechan para secar sus lágrimas y recuperar fuerzas. Esto no se me va a ir de las pupilas por mucho tiempo, como tantas otras cosas que la pandemia trajo a todos nosotros y profundiza día tras día, fase tras fase. O quizás algunas de ellas en realidad siempre estuvieron y la pandemia no hace más que visualizarlas, como mi vecino el policía que siempre recibió visitas de uno o dos patrulleros durante las madrugadas del verano. Dejaban los vehículos de las fuerzas estacionados con balizas en el medio de la calle, bajaban a dejar cosas o a hablar y se iban como si fuera un encuentro de ocio que tienen fuera del horario de servicio, o como la vez que el policía me preguntó desde la vereda, mientras yo estaba en el balcón, si conocía de quién era el auto que le molestaba para sacar el suyo, que estaba estacionado en la vereda. Al responderle que no sabía, vestido con su uniforme azul, volvió a su casa a buscar papel y lápiz para dejarle un mensaje en el parabrisas del auto. Por más esfuerzo que hago no logro recordar lo que decía ese papel.

Con la mirada empañada

Por Ezequiel Desmery

Sebastián llega a casa con la mochila y kilo y medio de pan en bolsas. Deja la bicicleta en el living mientras se saca el casco y se descuelga la mochila. Tiene los pocos pelos de la cabeza un poco húmedos, apretados por el casco. La barba al ras, jeans con zapatillas deportivas, una chomba negra y los anteojos empañados por el barbijo.

“¿Cómo va mi princesa?” dice al entrar al cuarto de Lucía, como si no la hubiera visto por una semana. “¡Hola Lu! ¡Que linda sonrisa! ¿Cómo estás chiqui, todo bien?” y le da un beso en el cachete, de esos que ya no se ven. “Hola Sebas, ¿que tal?” “Hola Adri”.

Lucía cumple 22 en noviembre de este año, aunque la tratan como si fuera más chica, como una princesa. Tiene el pelo negro y cachetes grandes como el papá y los ojos rasgados cómo la mamá. No salió ni alta ni morocha cómo ella, ni con la nariz ganchuda de él.

Adriana ya casi termina el turno. Le quedan unos minutos y el viaje de vuelta que son 2 horas en colectivo. De alguna manera las 2 horas de ida y las 2 de vuelta se hacen más largas que las 12 que pasa en casa. No porque las 12 horas de trabajo sean muy entretenidas, sino porque las 4 de viaje agobian. Antes la alcanzaban en auto, pero al marido lo operaron de la espalda y está en reposo. Ella nunca aprendió a manejar así que tiene que tomarse dos colectivos. Antes le resultaba tedioso venir en transporte público, pero ahora la invade el miedo al contagio.

Sebas no se lleva muy bien con ella ni con ninguna de las enfermeras de su hija. En realidad no se lleva mal, pero prefiere no intercambiar mucho y evitar saludarlas con beso. Desde siempre, no sólo a partir del aislamiento. Su relación con el equipo de enfermeras es formal, pocas veces intercambian más palabras que el saludo obligado y algún comentario casual. A excepción de como es con Lula, no es una persona muy cariñosa. Si puede, evita el contacto físico; los abrazos, estar muy cerca de otras personas, ese tipo de cosas innecesarias. Los hijos lo gastan: “son un vanguardista, arrancaste el aislamiento 50 años temprano”. No toma mate para no compartir la bombilla y no come tallarines con tuco para no mancharse.

Deja el pan en la cocina y María lo saluda mientras trabaja desde la computadora de escritorio y piensa en el pan que quedó de ayer. “¿Cómo estaba tu viejo? ¿Te lavaste las manos antes de saludar a Lu?” “Ufa no, ya voy”. Resopla al sacarse las zapatillas. Las deja en el canasto designado, las rocía con la solución de agua y alcohol y pasa a la cocina a lavarse las manos. “Mi viejo bien, no hablé mucho, le dejé la comida y me fui” -dice mientras empieza a abrir las bolsas de la panadería. “El viejo” vive solo, más acompañado por libros que por chats o videollamadas. Cada tanto hace alguna llamada con los nietos, pero se queda dormido en el medio. “No puede ser que te fuiste hasta Caballito en bici, es casi una hora Sebas, en hora pico. Ojo con la gente”. “¡Pero en la bici no pasa nada! Además, así al menos me muevo un poco, ¿qué hago sino? ¿Subo y bajo las escaleras? Los chicos ya me dijeron que así hago mucho ruido en la casa”. Antes se había propuesto subir y bajar la escalera 100 veces al día, a modo de deporte, pero hace mucho estruendo. Las zapatillas de correr golpeaban la madera hueca de la escalera y el ruido se escuchaba en toda la casa. El intento de paz de la cuarentena duró lo que pudo, pero Ezequiel y Lucas no soportaban más el ruido. Tienen que estudiar y se hace imposible. Sebas baja el pan en la tostadora y saca el queso untable de la heladera.

En el cuarto de Lula está la silla, que hace un par de meses no conoce otro recorrido que los pocos metros entre el cuarto y la cocina, pero no hay mucho que se pueda hacer. Ya no se puede pasear por las veredas rotas de la ciudad por las que tanto reclama su madre en el trabajo. Intentaron salir a pasear una vez desde que arrancó la cuarentena, pero no se va a repetir. La sonrisa de Lucía tapada por el barbijo no enmienda el miedo que genera la vuelta a la manzana. Tampoco puede

ir a los talleres que iba antes de que “se pudra todo”, todos los compañeros y compañeras de Lu son pacientes de riesgo, así que se cerró desde hace rato ya. En la casa se sabe que “con Lucía no se jode” y que “si se le pega cualquier bicho sonamos” así que tratan de minimizar riesgos. Pero es difícil separar riesgos de pavadas. ¿Desde cuándo es un riesgo ir a comprar pan, leche o yogur, o andar en bici? Antes era una pavada.

A Lu siempre la abrigan bien, sobre todo en invierno. Anda con buzo, medias gruesas y una manta polar todo el día. Pero el resto de la familia tiene frío. Y no sólo por el invierno, sino también por la distancia, por el aislamiento insensible, ese que no nos deja arrimarnos aunque queramos. Por más que intenten no acercarse mucho, no darle besos a Lu, se hace difícil. Cada tanto se escapa un abrazo, un mimo, una caricia, un beso en el cachete o hasta un abrazo. Un acto de amor rebelde, prófugo, total “todos nos cuidamos” y “estamos en casa”. Además, ¿desde cuándo dar cariño no es una forma de cuidarnos?

Seguro que no es la única forma...a veces no dar cariño es cuidarse también.

Ya son las 8pm, se escucha como golpean la reja de la ventana de Lula. Llegó María, la enfermera, no la madre. Prefiere golpear la reja a tocar el timbre, así hace menos ruido en la casa. Es un trabajo difícil, más difícil ahora. El lugar de trabajo es la casa de otras personas, con sus dinámicas, sus problemas, sus costumbres. Lo bueno es que hace 10 años que María, Adri y Marce trabajan en la casa, así que esas dinámicas se fueron construyendo en conjunto, con la mamá de Lula como puntera. Cualquier problema que tengan se lo tiran a ella. Falta de insumos médicos, medicamentos, comida para Lucía, peleas entre las enfermeras. María está ahí y ataja los penales que hagan falta.

Adri le abre la puerta a Mari y empieza el protocolo que les explicó María. Las enfermeras son enfermeras, si hay alguien que sabe de higiene son ellas, pero igual María armó un protocolo que sirve más como ritual de tranquilidad propio que otra cosa.

Sin tocar nada, casi flotando en el aire, Mari se acerca hasta la puerta y se saca las zapatillas de la calle, las pone en el canasto, entra al baño, se saca el barbijo, se lava las manos y las seca con toallitas desechables. Se pone las crocs, el uniforme de enfermera, cuelga el bolso en el perchero, desinfecta el celular con agua y alcohol y rocía las zapatillas con un líquido desinfectante. Recién ahora pasa Adriana al baño, se prepara para salir a la calle, cuando termina le cuenta a María como estuvo Lucía durante su turno y se despiden. Sin codos porque es muy triste.

Antes, el cambio de turno entre Adriana y María seguía otros ritos y arrancaba media hora antes de las 8pm. Era un ritual más largo, con besos, abrazos, charla, mate, bizcochitos y/o facturas. Otra cosa. Había lugar para chusmear sobre la familia, sobre las enfermeras. María le podía contar a Adri sobre su madre adoptiva que vive en Tucumán, a cientos de kilómetros. De cómo la extraña y la angustia que le genera toda la situación. Podían hablar de lo nerviosa que se pone María cuando va a rendir, al día de hoy, a los 46 años. O del vértigo que le da estar tan cerca de recibirse. A Adri también le gustaba chusmear, de sus nietos, que cada día están más grandes. Del casamiento del hijo que fue hermoso y de la nuera, que es un espanto. Ya ni le puede mostrar lo que teje para Lu y para sus nietos.

Con los kinesiólogos, Daniel y Néstor la dinámica es diferente, siempre se llevaron bien con las chicas, pero nunca fueron tan compañeros como las enfermeras. Antes venía también José, pero desde que empezó la cuarentena María madre decidió que era mejor reducir las sesiones de kinesiólogía a 2 por día en vez de 3. Igual se la ve bien a Lula.

“Ay, casi me olvido, acordate de pedirle a María que baje Lamictal. ¡Besos!” -grita Adri antes de irse.

Todos los medicamentos se guardan en el armario de uno de los hijos menores de Lucía, el más grande de los dos. Docenas y docenas de diferentes medicamentos, con diferentes drogas, en diferentes cajitas se guardan en ese armario.

“¿Por qué cada vez que viene alguien a cuidar a Lula se siente como un descuido?” dice para adentro María madre mientras sube las escaleras a buscar el remedio que le pidió Adriana. “¿Cómo se estarán cuidando las 4 enfermeras, los 3 kinesiólogos, o la doctora que vienen a casa? ¿Alguien las cuida a ellas? ¿A cuántas casas, colectivos, subtes habrán entrado antes de venir?” se da manija mientras revuelve las cajas buscando Lamictal “¿Y sus familiares, con los que están en contacto directo? Si haces la cuenta es un montón de gente que la que entra a casa con ellos. Encima el marido de Adri fue al hospital hace poco, espero que esté bien porque Adri se va re tarde de cas...” “¿Viste lo de Estados Unidos? Se están cagando a palos, mal” grita Sebas sentado contra el respaldo de la cama viendo un video de las protestas de Minneapolis en la televisión. “Yo los entiendo, pero que necesidad loco? ¿Querés que haga asado hoy? Hay carne que descongelé al mediodía y si querés te haces unas papas al horno o algo para acompañar” “...dale, le digo a los chicos que hagan papas o algo porque yo voy a hacer gimnasia”.

María baja las escaleras ya vestida con calzas y zapatillas de deporte y se pone a hablar con Mari manteniendo distancia. Hablan de que Mari estaba a un final de terminar la carrera de enfermería, el de inglés. La venía pariendo y malabarear los estudios, el trabajo en la casa de Lula y en su propia casa se hizo difícil. “Cuesta hacerse lugar en el día para una, Mari, aunque no podamos salir no sobra el tiempo” “pero cada tanto hay que decir ‘Bueno, ya está, esta próxima hora me la tomo para mí y nadie más’” “Y decí que acá están ustedes chicas, sino nadie da una mano”.

Mientras busca la clase de fitness en YouTube se pone a pensar en el laburo, las cosas se enfriaron mucho. Si las cosas funcionaban lento antes, ahora más. Ya no puede salir a las calles a hacer informes del estado de las veredas de la ciudad, o ir a legislatura a debatir sobre algún proyecto de ley. Pero parece que al fin se está moviendo el amparo que hicieron hace más de dos años para que se construya una rampa en la legislatura porteña. Si, dos años para empezar a pensar si vale la pena construir una mísera rampa. Que difícil todo, piensa para adentro mientras levanta las rodillas al pecho. Si tardan eso en arreglar la legislatura, lo que van a tardar en arreglar las baldosas, las rampas, los ascensores del subte, los desniveles. Por suerte están las chicas para emparejar, aunque sea acá, en casa ¡que genias! No creo que toda familia que necesite tenga enfermeras tan piolas, o enfermera alguna. Qué difícil todo.

Ya son pasadas las 9pm y los chicos no arrancaron la ensalada y Sebas no bajó. Hoy comemos tarde. Que lento todo también.

Acá la cuarentena no existe

Por Daniel Latini

Eduardo pone la pava en el fuego, y al tiempo que el agua se calienta, vacía y limpia el mate mientras cuenta que “este barrio es muy humilde, acá la cuarentena no existe”. Como desconociendo que ahora debería estar en Capital atendiendo el local, y compartiendo el mate con su empleador.

Vuelca la yerba dentro del mate con cuidado de no excederse. No sabe cuándo va a poder comprar otro paquete. No sabe cuándo va a cobrar. No sabe cuándo va a poder volver a trabajar. No sabe si va a volver a trabajar. “Si seguimos así, estamos al borde de cerrar”, dice, como si fuera él mismo un socio del local, responsable por el destino de los empleados.

Cuando el silbido de la pava llega al tono esperado, apaga el fuego, y cierra la llave de gas de la que cuelga una máscara de pintor comprada para hacer las veces de barbijo. Casi no la usó, sólo para viajar en tren y atender el negocio en los pocos días en que estuvo permitido. En el barrio no la usa, nadie usa tapaboca.

Se asoma a la ventana para ver si llegan Ezequiel y su teclado. Con Ezequiel se conocieron hace poco, quizás no habrían entablado relación si no hubiera existido la cuarentena. Eduardo se mudó al barrio hace menos de un año, y por el tiempo y la energía que le dedicaba al trabajo, no tenía resto más que para un saludo de cortesía con los vecinos. Pero cuando no pudo ir más al local acordó con Dora y Pepe ayudarles con la atención del almacén a cambio de algunos víveres.

Desde ese lugar, y sin proponérselo, avanzó un par de niveles en su inserción social, y en particular entabló una relación con “los pibes de la cuadra”. Afianzado en sus casi cuatro décadas, Eduardo sintió la responsabilidad de hacer “un trabajo social”, brindando ejemplo y transmitiendo valores y “ciertas conductas” a la generación de quienes están abandonando la adolescencia. Este rol le resulta muy desgastante a veces, pero está motivado, nada parece indicar que va a ceder en la misión.

Con Ezequiel, uno de los pibes, formaron un lazo especial. La chispa inicial fue la música. Ezequiel tiene un teclado, Eduardo una guitarra, ninguno de los dos estudió teoría de la música, ninguno de los dos es virtuoso, pero ambos disfrutaban del tiempo que pasan tocando sus instrumentos y cantando. No se inclinan por un estilo musical en particular. Rock, tango, cumbia, lo que surja. Se juntaron a tocar, y descubrieron que lo que antes hacían solos se disfruta mucho más cuando lo comparten.

A veces vienen también otros pibes que no tocan, pero por ahí se animan a cantar. Se anotan con los mates, o una cerveza, dependiendo del horario. Sugieren temas para que Ezequiel y Eduardo los saquen, y observan cómo los músicos van transformando la cacofonía inicial en algo cada vez más parecido a la canción buscada. Cuando finalmente sale, “los otros pibes” se ocupan de filmarlos y celebrar.

Eduardo traspasa el agua a un termo de plástico gris y acomoda todo el equipo de mate sobre la mesa. De las cuatro sillas, una tiene la pintura desgastada, las otras tres no tanto. Duda si agarrar ya su guitarra o esperar a que llegue Ezequiel. El instrumento descansa sobre la biblioteca, donde unos pocos libros se pierden entre una multitud de fotocopias anilladas. Muchas de ellas quedaron de sus épocas de estudiante de Filosofía y Letras. La carrera universitaria dejó de resultarle motivadora, pero sigue amando la filosofía y la literatura, sigue apilando fotocopias. Ninguna de las hojas tiene la blancura original, todas tienen sus bordes ajados.

A Eduardo también le gusta escribir. Pero no comparte ese hobby con los pibes del barrio. No cree que se interesen en las reflexiones sobre la existencia de un místico ser superior, o las

interpretaciones de letras de canciones populares desde la visión de la filosofía de Nietzsche, Spinoza o Hesse. Extraña esas reflexiones compartidas, trago mediante, con otros amigos, a los que no puede ver porque no son del barrio. Las cambió por un intercambio epistolar que establece usando el celular y esa computadora cuadrada color hueso que demora varios minutos en arrancar. Pero no es lo mismo.

La ayuda en el almacén duró poco. Pepe, el dueño, sufrió un ACV y está internado. Eduardo se siente muy triste. “Y además, como no soy familiar no puedo ayudar en casi nada más que apoyo moral a la familia” -dice. Por la cuarentena no le permiten visitarlo a Pepe en el hospital, ni ir a escuchar los partes médicos. Tal vez él podría interpretar ese reporte mejor que Dora.

Hasta el momento Eduardo no conoció a nadie que se haya contagiado Coronavirus, pero los efectos colaterales se materializan por doquier, en cualquier lugar por donde mire. Él no puede ir a trabajar, Dora no puede visitar a Pepe, los pibes no van a la escuela, su empleador no puede abrir el local, sus amigos se reúnen por zoom. Todos vieron cómo sus vidas y sus rutinas cambiaron radicalmente, y se empieza a hacer difícil juntar el dinero para comer. Es cierto que la naturaleza hoy nos enfrenta ante una enfermedad contagiosa para la cual no tenemos defensas, pero no derrumbó nuestras viviendas ni inutilizó nuestros alimentos. ¿Cómo explicar entonces el incremento en las dificultades para conseguir techo y comida?

Eduardo por momentos sospecha que la respuesta sanitaria es exagerada. Las teorías conspirativas que corren por las redes le resuenan en la cabeza. Es un truco de los laboratorios para vender más medicamentos y vacunas. Una distracción lanzada por el gobierno de China para mientras tanto instalar antenas de comunicación 5G, que además emiten radiaciones que interfieren en nuestros cerebros. Los tapabocas reducen la oxigenación y debilitan nuestras mentes volviéndolas más fáciles de ser dominadas. Le pregunta a Mariana, una médica amiga. Mariana le reenvía videos y audios de un ex compañero de residencia, que ahora vive y trabaja en España, en los que se explicita lo desesperante de la situación sanitaria. “Edu, dejate de joder, y hacé la cuarentena que si no nos cuidamos nos vamos a morir todos. Si no es de Covid nos morimos de una apendicitis, porque el hospital no va a dar abasto para atendernos”.

Eduardo se pone un buzo gris con capucha arriba de su remera de Iron Maiden. “¿Sabías que Bruce Dickinson además de músico es piloto comercial? Es esgrimista, escritor de novelas, y tiene una fábrica de cerveza. ¡Un groso el chabón!”. Con sus dedos largos y un poco nerviosos agarra un paquete de cigarrillos y un encendedor que están sobre la mesa. Gira la llave, corre la traba, abre la puerta y pasa a un hall del mismo ancho que el marco. Pone las llaves en la cerradura de la puerta de rejas ubicada sobre la línea de la vereda. Destra un candado de un tamaño intimidante, y por fin sale a la calle.

Prende un pucho y aspira profundo, aliviado. Como si tomara una gran bocanada de aire fresco después de salir de un ambiente viciado, o de abajo del agua. Le suena el teléfono, lo mira, sonríe y se pone a escribir. “Es Maxi”. Le suena de nuevo, pero ahora presiona en la pantalla el dibujo del micrófono y empieza a hablar: “Hola Maxi! No sé qué decirte, todo es muy incierto, no puedo hacer ningún plan. No quiero pedir prestado. Comida no me falta, que es lo importante. Igual te re agradezco!”.

Me asalta una frase de mi amigo Darío, que es trabajador social: “El problema de estos momentos de crisis agudas es con los nuevos pobres. No tienen ni idea de adónde ir a pedir ayuda”. Eduardo ni se plantea esta situación, no se siente cerca.

Mi mente sigue su dispersión y se pierde en los recuerdos de una video conferencia de la que participé hace unos días. Gente vestida de traje hacía sus pronósticos sobre el impacto de la pandemia en la economía. Porcentajes de PyMEs en riesgo de quiebra, desempleo, inflación,

interrupción de la cadena de pagos. Resiliencia, cómo reinventarse. Índice de pobreza. Me pregunto si serán conscientes de lo que significan esos números en el día a día de Eduardo y su empleador. O de la angustia que están sintiendo los “nuevos pobres” de Darío. ¿Recordarán quienes hacen las leyes de la economía que su razón de ser es, al final de cuentas, darle estructura y justicia a la dinámica del intercambio de valores que cada uno de nosotros produce? ¿O será que el acostumbramiento los llevó a pensar que son leyes naturales que no se pueden cambiar aun cuando descubrimos que en ciertas ocasiones en vez de ayudar perjudican?

Eduardo guarda su celular en el bolsillo del buzo, y con los ojos apuntando a un horizonte que está tapado por las casas de enfrente dice que “quizás la semana que viene ANSES me deposite la mitad del sueldo”. Me da esperanzas, el sistema está dando algunas respuestas. El jefe de Eduardo tendrá que ver luego cómo devuelve ese dinero, pero será un problema para resolver más adelante.

Vuelve a sacar el teléfono para mirar la hora. En la esquina de la avenida aparece Ezequiel, flaco, alto, algo desgarbado. Levanta de más los pies para dar cada paso, como si tuviera que pasar por encima de obstáculos invisibles. Zapatillas negras, pantalón deportivo gris y buzo azul con capucha amarilla. No usa tapaboca, pero saluda con el codo.

Ya dentro de la casa arrancan los mates. Ezequiel se toma el primero, casi por compromiso, y apura: “¡Dale Edu, agarrá la viola! Vamos con La Copa Rota que la tengo en la cabeza desde el otro día”. Toman los instrumentos y empiezan a tocar sin afinarlos. Las voces también aparecen sin calentamiento previo de las cuerdas vocales: “Aturdido y abrumado, por la dudas de los celos, se ve triste en la cantina, un bohemio ya sin fe. Con los nervios destrozados, y llorando sin remedio, como un loco atormentado, por la ingrata que se fue...”

“Hacer música en grupo es muy liberador” había dicho Eduardo hace un rato. Ahora sus manos se aplican a la guitarra, su boca al canto, sus ojos alternan entre su compañero de banda y la letra escrita que repasa aunque la sepa de memoria. Su sentido del oído ciento por ciento dedicado a la música que llena el ambiente. En su mente no existe otra cosa que la canción. Al menos por un rato no habrá tapabocas, contagiados, locales cerrados, ni incertidumbre laboral. Al menos por un rato la cuarentena acá no existe.

Crónica de una desilusión

Por Maite Filmus

El himno dejó de sonar. Junto a él, se fueron los aplausos.

Durante 58 días, sin falta, Mauro ponía a las 21hs el himno nacional argentino. Les vecines salían a sus puertas, escuchaban en silencio, y al terminar aplaudían en agradecimiento a les medicxs y enfermeres que ponen su vida en riesgo trabajando para ayudar a les demás.

Un día el himno no sonó, tampoco lo hizo al día siguiente. El 24 de mayo fue el primer día que dejé de escucharlo. Lo recuerdo vívidamente porque con mis amigos teníamos un chiste: todos los días les contaba que actividad venía a “interrumpir” el himno. En días donde estaba estudiando, me veía obligada a frenar por la intensidad del sonido; cuando me encontraba viendo una película, la pausaba por el mismo motivo; a veces, jugando Rummy con mi familia, tratábamos inútilmente de continuar sin darle importancia.

El día 42 fue el primero en el que no salí a aplaudir, me había cansado.

- Che Ma, hoy el vecino no puso el himno -comenté al pasar.
- ¿No? Mira, no me había dado cuenta -me respondió un poco distraída mi madre.

Lo que para ella fue un dato, para mí era una incógnita. ¿Se habrá enfermado? ¿Tendrá coronavirus? ¿Lo dejó de poner porque ya casi nadie sale a aplaudir? ¿Se había cansado? No lo culparía, vamos pasando los dos meses de cuarentena.

El primer día que salí a aplaudir me emocioné, estaba al borde de las lágrimas. Había visto videos de Italia donde les vecines cantaban canciones y aplaudían para hacerse compañía, pero pensé que eso acá no iba a pasar. Un sentimiento de orgullo y de patriotismo, de esos que a veces se sienten en las marchas multitudinarias o en los mundiales de fútbol, inundó al comienzo las calles de colegiales. Todes les vecines escuchábamos el himno en silencio. Al terminar, aplaudíamos y se escuchaban algunos silbatos y vuvuzelas, grandes protagonistas de cualquier evento argentino. También flameaban banderas en balcones. Algunas siguen colgadas, otras ya no. Tuve la certeza de que esta situación de pandemia y cuarentena nos iba a unir como país y que algo iba a cambiar.

- El himno me interrumpió la videollamada, ¡que mal humor!

Tuve que silenciar el micrófono porque esa melodía estaba invadiendo las casas de todes mis amigos.

- ¿De verdad pone el himno todas las noches? -me preguntó una amiga impresionada por la persistencia de este hombre.
- Es ex combatiente de Malvinas -respondí como si fuera explicación de algo. Nadie entendió. Yo tampoco supe a qué me refería exactamente. Se ve que tengo la idea de que un ex combatiente es alguien muy patriota.

Ya no hay más aplausos. En su lugar suenan las cacerolas.

- ¡Qué bronca que nadie aplauda y que cuando hay cacerolazos aparezcan sin problema!
- ¿De qué te quejas Mai? Si vos tampoco salís a aplaudir -me recuerda mi papá.

Tengo que reconocer que mi papá tiene razón.

La fe de unión nacional la tenía solo mi vecino, pero por un momento se me empezaba a contagiar. Caigo en la cuenta de que este es un barrio gorila. Vuelve mi bronca, ¿qué esperaba yo?

- Ahora tenemos un presidente que busca eso, estaría buenísimo que la cuarentena nos una un poco más como argentinos ¿no? -le dije a mis amigos en la siguiente video llamada. Nadie me contestó y eso me bajoneó.

2 de abril, día de los caídos de Malvinas. Además del himno nacional mi vecino puso, esta vez, una marcha que tardé mucho en reconocer. Al principio pensé que era la marcha de San Lorenzo, pero no. Era la marcha de Malvinas, una canción nacional no muy conocida. Como ex combatiente imagine la emoción de Mauro en recordar de esta manera tan especial a sus compañeros de guerra. Lo veo desde la puerta de mi casa, está parado junto a su hijo, atrás del enrejado que los separa de la vereda. Noto la tensión en la mandíbula, los brazos detrás de su espalda, la mirada fija al frente, respetuoso del himno, serio. Él es un señor que ronda los 60 años, se lo ve algo deteriorado, pero intenta mostrar firmeza.

Haya ido a la guerra por voluntad propia o simplemente porque lo mandaron, la mezcla de tristeza y orgullo lo debe invadir en este momento. Pienso en el coraje que tuvo para enfrentarse al enemigo, a la muerte, habiendo recibido seguramente poco entrenamiento. Él debía tener menos de 25 años y podría haber perdido la vida en Malvinas. Mi hermana tiene esa edad y se me es inimaginable pensarla usando un arma para defender al país en una guerra. Les jóvenes deberían únicamente estar pensando en trabajar, estudiar o salir de fiesta con amigos. En plena juventud una experiencia como esa a Mauro le debe haber cambiado la vida para siempre.

Casi un mes después escucho ruidos muy fuertes que me interrumpen nuevamente, pero de una manera muy diferente; cacerolazo. No tenía ni idea de por qué protestaban. Minutos después lo supe: la liberación de presos. ¿Se manifestaban por la prisión domiciliaria que les dieron a aquellos presos que temían enfermarse con Covid? ¿Era eso? Prefería no creerlo. 2 minutos, 3', 5' 10', 15' minutos escuchando ese ruido metálico, ruido del golpe contundente de un objeto contra la olla, sartén o lo que haya a mano. Signo instaladísimo de protesta y oposición en la Argentina. Me doy cuenta de que evidentemente el cacerolazo los une, pero en esa yo quedo afuera.

A partir de que Mauro dejó de poner el himno las noches son distintas. Desde mi habitación percibo el silencio total, pareciera una ciudad deshabitada. Son las 21hs y nadie me interrumpe. Se suma el fin del otoño, los árboles secos, la ausencia de colores. Llega el invierno, frío, monótono en sus colores. Empiezo a sentir el aislamiento, la vida real tomó cierta irrealidad, todo se asemeja a una mala película de ciencia ficción.

Voy de compras a la verdulería. Una señora mayor, un poco encorvada y con el pelo grisáceo se me acerca y me pregunta:

- Nena, ¿vos vivís en el edificio alto de la esquina? -me pregunta, así, de la nada.
- No, vivo en una casa acá a una cuadra ¿Por qué? -respondo sorprendida.
- Hay mucho alboroto en el edificio -los ojos se le encienden- Resulta que hay varios médicos que viven ahí y es muy peligroso. Cuando entran, nos pueden contagiar. Estamos muy preocupados. ¿No te enteraste? - me miró fijamente, buscando complicidad.
- No, no me había enterado. Que lastima que haya problemas, pero ellos son médicos, su trabajo ahora es muy importante: salvan vidas. ¿Qué propone que hagan? - le conteste sin mucha paciencia y un poco fastidiada.

Por fortuna antes de escuchar su respuesta, recibo mi pedido, doy media vuelta y salgo del local. Los médicos han pasado de ser protagonistas importantes de la lucha contra el Covid a ser una amenaza, posibles portadores de la enfermedad, segregados en sus propios hogares. Luchamos, como dice Alberto, contra un enemigo invisible que es el virus y los médicos son los que más pueden ayudar. No le veo mayor sentido a la preocupación de la señora y sus vecinos.

A no ser que el propio miedo los ciegue de tal forma que no puedan pensar más que en sí mismos, perdiendo perspectiva. Igualmente, nada justifica el maltrato a nadie.

Sigo sin saber qué llevó a mi vecino a dejar de poner el himno. Me gustaría pensar que se encuentra igual de frustrado que yo, que le ganó la bronca y decidió darse por vencido en la esperanza de unidad. El poco reconocimiento a los médicos se asemeja mucho a lo que sucedió con los ex combatientes de Malvinas. Hasta el día de hoy no se valora lo difícil que fue para ellos dejar sus casas, sus familias, e ir a enfrentarse a lo desconocido sin saber si estarían a salvo. Tampoco se les dio el lugar que les corresponde como héroes que son de la patria. Actualmente los mediques son los más expuestos a la enfermedad y tienen que trabajar en condiciones que no son óptimas, al no tener siempre los suministros para los cuidados necesarios. Ellos son los soldados de esta nueva lucha.

El aplauso a las 21hs fue apenas una pequeña muestra de agradecimiento frente a lo que hacen todos los días, y no se pudo sostener. Imagino que Mauro debe haber tenido esta misma reflexión y desilusión. Pero la verdad es que no lo sé, capaz que solo se le rompió el parlante.

INTRAMUROS

Cena para cuatro

Por Aldana Fontanella

Se prende la televisión.

Hoy como cualquier otro día nos sentamos mi papá Rafael, su esposa Vanina y yo a la mesa a las 21:30 horas. Después de haber estado sola y estudiando todo el día ansío el espacio abierto a la interacción que se da en la cena. Sin embargo, la televisión se sienta a la mesa incluso antes que nosotros.

-Hoy es el récord de casos: más de 700. Más de 10000 positivos infectados en Argentina. Los muertos hoy 17 en total, 17 en las últimas 24 horas, ahí tenemos las cifras: 718 casos positivos, 10649 total país, 19 nuevas muertes en el día de hoy que totalizan 433. -la voz del periodista se escucha fría y mecánica. Me recuerda a mi papá cuando lee una lista con los sabores de empanadas que vamos a pedir.

- ¿Me pasás el agua pa? -pregunto

-Si estas cifras se confirman el famoso pico de la pandemia llegará, como vinieron anunciando tanto Ginés González García como Fernán Quirós y como todos los infectólogos que aparecen en radio y televisión, a fines de mayo.

Rafael mira fijo hacia la pantalla ubicada en lo alto de la heladera y sólo hace breves pausas para llevarse un bocado a la boca. Hoy tiene puesta una campera de deporte negra sobre el pijama de invierno, su pelo está despeinado resultado de su ducha diaria después del trabajo y sus manos reseca por el uso frecuente de alcohol en gel, pero lejos de expresar cansancio en su mirada se puede ver el brillo característico de quien escucha interesado una noticia que le concierne. En el ambiente resuena el ruido metálico de los cubiertos chocando, de los vasos siendo apoyados en la mesa, se respira el humo que sale de los platos de comida.

-¡Gracias por la comida Vani! -exclamo en un tono de voz que me sale más aniñado de lo que esperaba.

-De nada.

Vanina sonríe para dar final a su respuesta y continúa comiendo el pastel de berenjena, carne picada, tuco y queso que ella misma preparó un rato antes en su segunda jornada laboral del día: la doméstica. Sus ojos se ven más pequeños que de costumbre, eso junto al cuello polar que usa para estar dentro de la casa le da un aspecto de cansancio.

-Está confirmado, el presidente anunciará el nuevo tipo de cuarentena. En el interior del país más o menos se sabe, la historia es el GBA, el gran Buenos Aires y la ciudad de Buenos Aires. Lo que está seguro es que no se flexibiliza nada más de lo que se flexibilizó hace 15 días, lo que se está debatiendo es cómo se endurece más, por ejemplo controles, por ejemplo transporte, por ejemplo entrar a la Ciudad de Buenos Aires si no vivís en ella y no sos trabajador esencial.

-Parece que todavía no vas a poder ver a tu novio -concluye Rafael apretando los labios en señal de pena, y agrega:

-Lo que no entiendo es de qué sirve hacer una cuarentena tan estricta y por tanto tiempo si al final dicen que nos vamos a contagiar todos. Mejor ir aflojando para que nos contagiemos de a poco y así se inmuniza más gente.

-Sí pa, pero eso es lo que están tratando de controlar con las restricciones, que ese ir aflojando de a poco no termine en un pico que desborde los hospitales -respondo, sintiéndome reiterativa y un poco resignada.

-El kirchnerismo desconectó la cuarentena de su carácter sanitario, le introdujo una profunda concepción política. El kirchnerismo es especialista en construir enemigos imaginarios.

Rafael reacciona al comentario opositor chasqueando la lengua y negando con la cabeza en señal de indignación o de lamento, no lo puedo determinar. Yo, por otra parte, miro a la televisión con los párpados semi caídos y mordiéndome el labio inferior, mostrando evidente hartazgo. Vanina continúa atenta a su plato de comida, mirando desinteresadamente y de a ratos hacia la televisión.

Dejo de escuchar. Mi mirada se pierde en la comida que tengo adelante y en las cosas que me rodean. En la lejanía distingo algunas voces hablando sobre vacunas o corrupción, pero intento dirigir mi atención a otro lado. La cocina es una habitación pequeña. Los muebles de madera color marrón claro sumados al blanco y naranja del mantel, de las cortinas y de la pared me dan una sensación de calidez. Trato de pensar en los colores que tenía la cocina antes de que la pintaran hace dos años. No me acuerdo. Las voces de varios periodistas me distraen de mi objetivo, pero logro evadirlos poniéndome a jugar con el pequeño artefacto en forma de garrafa que reparte escarbadientes, cuyo sonido característico de plástico, resorte metálico y madera se suma a los variados sonidos que componen nuestro ambiente hogareño.

Comienzo a pensar en mi mamá, solitaria en mi otra casa ubicada en otro remoto lugar del conurbano bonaerense. Me imagino que en este momento debe estar escuchando alguna canción de Queen mientras cocina con la pierna elevada sobre la mesada a modo de elongación. O quizás está comiendo mientras observa cómo nuestra perrita Olivia intenta conseguir un bocado de regalo. La voz televisada de un hombre interrumpe mis reflexiones y me transporta a un tema de conversación distinto a aquel del cual había escapado tan sólo unos minutos antes.

-Así como mucha gente trabaja, está en la casa y hace "home office", hay gente que no puede trabajar porque le afectó. Yo si tuviera un teatro, si yo tuviera un cine, si yo tuviera una casa de juegos infantiles, si yo tuviera hoy una peluquería estaría realmente enloquecido, pero también asumiría el costo si abrimos todo y se nos mueren no sé cuántos argentinos.

Mis pensamientos toman un rumbo distinto. ¿Qué estará pasando por la cabeza de mi mamá? Ella es dermatocosmiatra monotributista, lo que significa que su actividad laboral está completamente parada desde el comienzo de esta nueva realidad puertas adentro. Si bien sé que ella vive con mi abuela y que ambas están llevando las cuentas al día gracias a su jubilación, no puedo evitar imaginarme la incertidumbre que debe sentir al no saber si su profesión será posible dentro de la "nueva realidad" de la cual todos hablan. ¿Estará ella también escuchando la televisión ahora? Creo que no. Espero que no.

-Che pa ¿sabes qué estaba pensando?

-Espera un minuto hija que estoy escuchando.

Mi respuesta a tal negativa es una cara inexpresiva. Me vuelvo hacia adentro. Recorro a mi celular en busca de alguna red social que me entretenga como Twitter, pero me doy cuenta de que no la tengo descargada. Entonces recuerdo que la borré ¿por qué había sido? Ah sí... me saturé de leer todo el día sobre pandemias, racismo, sexismo y problemas ¿Será que todo me satura?

-¿Qué ibas a decir hija? -pregunta Rafael, llevándome nuevamente a mis pensamientos anteriores en busca de aquel comentario que intenté hacerle hace unos minutos atrás.

-Ah no, nada. Estaba pensando en qué loco que es no ver a mamá desde que empezó la cuarentena, hace ya dos meses. Y también pensaba en eso de que no puede laburar viste. Espero que el IFE la pueda ayudar a bancar este tiempo...menos mal que vive con la abuela que tiene la jubilación.

-Sí, la verdad que viene complicada la cosa -responde mi papá frunciendo los labios a modo de comprensión.

-Igual Aldi vos no te preocupes que a ellas no les va a faltar nada. Están tus abuelas, tu hermana y estamos nosotros también por cualquier cosa -agrega Vani en un tono dulce y firme que me tranquiliza.

-Gracias Vani -respondo con una sonrisa, y agrego: Pa ¿después de comer me ayudas a volver a poner el sillón en su lugar? Hoy la clase de danza terminó tarde y no hice a tiempo a acomodarlo.

-Sí, obvia hija. Qué bueno que puedas seguir con las clases de danza online acá en casa. ¡Qué increíble todo! ¿No? Pensar que antes de la cuarentena los viernes nunca estabas acá para cenar

-reflexiona Rafael con una media sonrisa, en un tono divertido pero también nostálgico.

-Si, en un punto siento que me acostumbré, pero después caigo en cómo era mi vida antes de todo esto y me impacta otra vez -comento suspirando, como pensando en voz alta.

Súbitamente, un comentario apocalíptico interrumpe nuestra conversación y nos hace fijar la atención involuntariamente en la televisión. Nos quedamos en silencio. Sólo se escucha la voz de un periodista llenando cada rincón de nuestra casa, de nuestra cocina, y de nuestras mentes.

-Todo lo que viene es muy malo. Muchísimos nos vamos a contaminar con el virus. Es inevitable.

-Bueh- resopla Vanina alzando las cejas, apretando los labios y apoyando su vaso con fuerza sobre la mesa. Su reacción de hartazgo me hace sentir acompañada. Me animo a mirar fijamente el control remoto de manera insinuante, expectante. Nadie dice nada.

- El número de testeos está, no lo tengo en la memoria, y el número de casos si no me equivoco yo duplica la cantidad de testeos, quiere decir que no es que testeamos más solamente, hay más casos.

Rafael toma el control remoto. Un instante que se siente como una hora. Pone sus dedos alrededor del gran rectángulo negro, luego lo levanta de la superficie de la mesa. Lo observa, no se decide y lo apoya a su derecha sobre el mantel naranja, contra la pared. Las voces de la televisión siguen charlando, ajenas a esa pequeña posibilidad que hubo de que desaparecieran.

Otra vez me vuelvo hacia adentro, ausente. Observo a mi papá, a Vani. Pienso en sus días tan largos, repletos de gente a la cual atender, de tareas que realizar, de protocolos de higiene que seguir. Como el último bocado en mi plato. ¿No están ellos hartos también de escuchar sobre lo mal que está todo? ¿Es su descanso la televisión? De repente, un diálogo televisivo me vuelve a sacar de mis propios pensamientos.

-Bueno a ver señores ¿Analista Manuel Adorni? Buenas noches ¿Dónde estamos parados?

-Buenas noches. Bueno estamos formalmente en un default.

- ¿Cómo se llama? -pregunto conteniendo una sonrisa.

-Adorni -responde Rafael, y todos nos reímos inocentemente, olvidando por un momento el tema, de seguro muy alarmante, sobre el cual Adorni estaba por hablar.

Habrá primavera

Por Sandra Fariello

De lunes a viernes Ana se levanta a las siete de la mañana. Rutina rara para una adolescente de quince años, recién cumplidos. Recuerda que su último contacto con el afuera, con los abrazos y el chape, fue la fiesta de Carola, su amiga del alma, en el Hipódromo de San Isidro. De ahí, sin siquiera imaginarlo, fue derecho a casa a parir la cuarentena.

A las siete de la mañana hay que encender las luces, porque aunque la casa es muy luminosa, en mayo es de noche, y de eso también se da cuenta en cuarentena. Raro para los adolescentes madrugar cuando no se va a la escuela. Pero sí, sí se va a la escuela, al aula virtual que Ana montó en su cuarto. Pidió cortinas nuevas y un espejo de cuerpo entero, que además de decorar una gran pared blanca que le había quedado medio vacía, sirve para alimentar la esperanza de ver lo que se va a poner cuando el aislamiento termine.

Baja las escaleras con los ojitos hinchados de poco dormir, porque tampoco se quiere perder de asistir a toda esa parafernalia de trasnochados sin noches que arman sus amigos: rebeldía y resistencia unidas contra los horarios que dicta la escuela, mezcla de vacaciones y pandemia. Su niñez está siendo una época demasiado larga de confesiones y penurias de cuarentena. Después de los quince venían los permisos para ir a bailar más allá de las doce, para tomar el colectivo sola, ya tenía su SUBE. El tiempo se detuvo, para ellos y para los grandes también, pero el de ella no era un tiempo de más de lo mismo, tenía un “plan infinito”, que ahora tendrá que esperar.

Comienzan sus clases en castellano a las siete cuarenta, y casi sin notarlo, o quizás lo tenga todo cronometrado, va cambiando de lugares y de aparatos tecnológicos. Sale del escritorio donde tiene su computadora y se mete en la cama para usar el Ipad, parece que resulta mejor en la horizontalidad. La conectividad es buena, muy a su pesar.

Pasan las diez y las doce y la una también, vuelve a bajar las escaleras con su carita pálida, enojada, harta, una combinación explosiva de sueño y bronca. Ninguno en la casa actúa, se mueve, se manifiesta igual que antes ¿Por qué ella sí? y afirma “si el virus cambió todo” ¿por qué la escuela pretende seguir igual? Después de almorzar, las cosas que más le gustan, las mismas horas de clase, pero ahora en inglés.

Es la escuela secundaria, esta escuela a la que algunos padres culposos apostamos todas las fichas, a veces más de las que tenemos, de jornadas dobles, eternas, casi con la misma carga horaria que la jornada laboral, para auto convencernos que con el hastío de ellos, viene también la certeza nuestra, de prepararlos para que lleguen al mundo universitario con más herramientas. Y sí, sabemos que en algún punto es real, la escuela es donde se fabrican las personas, (en jornadas laborales), donde se crean las formas de pensar y de actuar. Es el lugar de la reproducción de las estructuras sociales que los padres más que los hijos necesitamos.

Todos sabemos, al menos todos aquellos que pasamos cerca de alguna Universidad, sobre todo de las del estado, que ellas no son inclusivas, que si no los preparamos va a ser muy difícil, que les van a exigir conocimientos que no les habrán dado.

Y acá estamos parados otra vez en el borde del abismo, en el borde de las diferencias que en la anestesia del día a día dejamos atrás, lo que esta pandemia nos vino a recordar: estamos metidos hasta las rodillas en las arenas de la desigualdad. Y a veces no lo queremos ni siquiera nombrar de la pena que nos da: la cuarentena no es igual para todos. Tampoco lo es el acceso a los recursos educativos y tecnológicos. Espanto de la escuela en cuarentena, y las dificultades para garantizar

la tan nombrada continuidad pedagógica.

Se han hecho tangibles las condiciones desfavorables de acceso que gran parte de las alumnas y alumnos tienen a las TIC, en las justamente llamadas zonas desfavorables, de la sociedad; ahí donde los pibes solo cuentan con algún celular, que las más de las veces pertenecen al padre o a la madre, al que también hay que esperar que vuelvan de trabajar en alguna de las ahora llamadas actividades esenciales, y en los cuales ni siquiera pueden bajar aplicaciones livianas como WhatsApp o Telegram.

Y acá sí que estamos jodidos de verdad, por un lado, docentes lidiando con la desfavorabilidad, con las que el Sistema Educativo nacional y provincial clasifica a las escuelas y los otros exigiendo casi con proporcionalidad a las cuotas que elegimos pagar. Canallas inequidades.

Es que a mi entender la exigencia escolar llegó demasiado lejos, los docentes de la nada desplegaron un abanico de recursos, de la mano de las exigencias que a ellos también les fueron impuestas. Que los chicos avancen como puedan pero que avancen ya. Y este parecería ser un camino plagado de buenas intenciones, pero con metodologías que nadie pudo ensayar. Alguno dirá: "esto es como el agua bendita: no hace ni bien ni mal". Algunos creemos que a veces hace mal.

Los chicos no tuvieron clases, solo dos o tres días no más. No hay diagnóstico, algunos docentes no les conocen las caras, pero igual todos parecen apurados por adelantar contenidos que podrían esperar. Ellos también están colapsados, nuestras vidas se detuvieron bruscamente, las de todos. Los adultos estamos sobrepasados, y es lo que hay, pero tenemos que desarrollar los recursos necesarios para sostener a los chicos. No estamos en igualdad de condiciones, no somos pares, el proceso de crianza, la educación, requiere inevitablemente y necesariamente de un vínculo asimétrico, con figuras responsables de autoridad que ofrezcan protección y reparo a los niños. Nos rodean y los rodean de mensajes apocalípticos: ¿Cuántos se contagiaron hoy?, el virus ya tiene circulación, ¿cuántos muertos sumamos? Los medios de comunicación invitan a participar de una infodemia que sólo genera terror.

¿Cuánto habrá que revisar de todo esto? ¿Dónde estará el mal peor?

De los adolescentes nadie parece acordarse. Se habla de los adultos mayores que son los más vulnerables, de los niños que pueden salir dos o tres veces por semana a pasear, pero poco o nada se dice de los jóvenes. Cuando se estrena la libertad cada día y cuando se desea vivir experiencias nuevas cada noche, estar encerrados en casa no es fácil.

La cuarentena ha puesto en pausa los encuentros, principal momento de disfrute en la adolescencia. Se les borraron los límites entre la fantasía y a realidad. Era el de ellas, el tiempo de despertar al goce real, justo ahora, pensará. Y seguro quedaron todas sorprendidas por esta emergencia de lo real del cuerpo y está claro que no saben cómo responder, no tienen las herramientas ni simbólicas ni imaginarias para zafar. Necesitan abrazarse, tocarse, hacer pogo. Este momento tan excepcional, evento tan disruptivo socialmente, afectará su salud mental, de alguna manera. Una de las mayores incógnitas sobre la adolescencia en cuarentena es como están realizando "uno de los trabajos psíquicos" propios de esta etapa del desarrollo que es la construcción de espacios extrafamiliares. En este proceso la función de los pares es fundamental... pero ellos están en la escuela, en ese espacio donde se va construyendo ese vínculo y "esa Escuela no está". Para los adolescentes es fundamental la salida del medio endogámico y es obvio que ahora está coartada.

Parecería como que todos actuamos "como si" Como si los docentes estuvieran en el aula. Como si los chicos estudiaran. Como si, nosotros los padres no tuviésemos miedo...todo somos parte de una gran tragedia. Formamos parte de ese género dramático que elaboramos los personajes

principales para enfrentarnos a destinos inefables o inevitables y generalmente funestos en contra de los designios del destino o tal vez de los dioses. Pero es cierto que también existen las tragedias de “sublimación” en las que el protagonista por medio de sus virtudes (fuerza, valor, entereza, templanza), se enfrentan a las adversidades logrando salir adelante.

La Escuela se les presenta como “Institución de Clases y Deberes”. Escuela y Docentes adoptaron marchas forzadas en temarios y actividades efectivas a la situación de confinamiento. Ana pasa, al igual que sus amigas, muchas horas frente a la computadora, ese cyber espacio que antes era una elección. Las tareas le generan mucha ansiedad, sobre todo porque no entiende bien qué esperan los profesores de ella. Y si bien antes de la cuarentena era una alumna regular ahora parecería que su auto exigencia también cambió y la hiperpantalla la abrumba de verdad.

No hay dudas que este es un tiempo privilegiado para aprender, pero posiblemente no matemática, ni lengua ni historia (muchísimo menos biology). Si, quizás, aprender de compromiso, solidaridad, y mucho pero mucho de empatía. Es un tiempo privilegiado para educar la paciencia, aprender a vivir con menos cosas para saborear la verdadera libertad. Que se nos remueva la conciencia.

Los padres también estamos sofocados, confundidos. Sabemos del espacio de intimidad que necesitan, que merecen tener días malos, que vale que se enojen, que nos agredan, y que después vendrá la culpa que tendremos que abrazar. No sabemos, las más de las veces como atajar tantos penales, por eso: la escuela puede esperar.

Y sin ánimo de abusar, una vez más de lo que nos dan los docentes: Ana, y Carola y Paloma, apreciarían de verdad que sus maestros les hicieran saber que están orgullosos de que ellas hayan entendido muy pronto el mensaje repetido de que “no están de vacaciones” y que “las clases continuarán con normalidad”. Pero que no las engañen, esto no es normal. Las clases no continúan con normalidad, que los profesores pongan todos sus recursos, y sus mejores deseos, no quiere decir que estén enseñando, mucho menos significa que estén educando. Porque las circunstancias de cada uno de ellos son muy diferentes. Les diría: “no se agobien”, estas tareas no son ahora lo más importante. Acepten cada uno su situación y saquen lo mejor de ustedes mismos como en tantas ocasiones las he visto hacer. Abrazos. Habrá primavera.

¿Maestrxs eran lxs de antes?

Por Mariana Coria

¿Cuándo vuelven las clases? Hacen paro todo el año y encima quieren aumento. “Caer en la escuela pública”. ¡Vayan a laburar manga de vagos! La quiero ver todos los días dando clases virtuales, yo pago la cuota. Exigimos más horas y con más calidad de contenidos para nuestros niños. ¡Si le explico yo las cosas! Ni labura la seño.

Palabras cansadas de ser escuchadas. Algunas de estas frases sobrevivieron a largos inviernos de nuestro suelo, están ahí, firmes. Siempre encuentran quienes las repiten, sin pensarlas, y sin cuestionarlas. Otras, en cambio, están por sentir los primeros fríos en sus letras, pero no se van a dejar vencer fácilmente, van a seguir presentes y se van a transformar.

A Susanita se le enfurece la voz, disparando palabras sin armonía, sin color. Corren y corren los eternos minutos en sus mensajes de audio. Sólo finalizan cuando no obtiene respuesta.

-Maestros eran los de antes -repite y repite.

Estas frases no son simplemente vociferadas por Susanita, lamentablemente se duplican en otras tantas voces. Algunas se dejan escuchar tímidamente, están escondidas, pero están. Las vemos agarraditas en cada fibra de tela, que obligatoriamente debemos usar en los tiempos que corren, ocultando parte de nuestra apariencia. Antes las escuchábamos a los cuatro vientos, ahora, las escuchamos a un metro y medio, pero se hacen oír igual.

Estas palabras no nacen en los labios de Susanita o en las filas del supermercado. Cuando llegan ahí es porque en otros espacios, donde señoras y señores con micrófono o tinta en sus manos componen una sinfonía de desprestigio y desvalorización del trabajo docente.

Antes y durante la pandemia, las habladorías del mundo -malintencionadas- pretendían y pretenden tiznar los guardapolvos blancos.

Pero... ¿qué saben en realidad sobre el trabajo docente en esta coyuntura?

Susanita no deja de compartir memes en redes sociales, que circulan e inundan esos espacios virtuales. Uno de ellos, la representación de un canino con las características de una escultura de Botero, versus un pequeño can, pretende plantear una cierta analogía de fuerza y poder del que estarían dotadxs lxs docentes, en una especie de “venganza”. Sí, eso es lo que se trata de exponer, una suerte de “enfrentamiento” entre lxs docentes y las familias, a través de esos mensaje bélicos.

El discurso es siempre el mismo, los mecanismos son similares unos a otros. Todos los memes y videos que circulan, y se comparten en las distintas redes sociales nacen con la misma intención. En todos se pone en duda el saber y el compromiso de lxs docentes. Discursos que contienen palabras usadas y gastadas. Esto no es nuevo, las frases y los “chistes” que circulaban antes de la pandemia se van actualizando y modificando según pasan los eternos y lánguidos días de distanciamiento físico y obligatorio.

En una de nuestras charlas virtuales, Susanita recita palabras injustas sobre la labor docente, palabras que no contienen una reflexión o crítica constructiva. Lo hace cual prosa que estremece el cuerpo, que hace sudar la piel y que se mete en tantos labios sin quererlo, o tal vez sí. Aquellas palabras que salen en un tono que no dejan escuchar otra cosa y que salen con prisa y sin pedir permiso, derribando cada letra a su paso. Lamentablemente esa prosa no se compone de colores cálidos, sino de timbres estridentes que hacen doler los ojos y los oídos.

-¡Nunca enseñaron tanto como ahora! Copian y pegan, y te llenan de trabajo.- leo en otras voces escritas. Ya no es Susanita, cada vez hay más voces con el mismo timbre, estridente y saturado.

-No hacen nada, te mandan veinte trabajos copiados y encima cobran un sueldo.- escriben otras voces.

Quienes están en una pantalla, o en los títulos y copetes de los distintos medios de comunicación, aquellos que crean opinión (con intereses), al parecer se hacen ver preocupadxs por cómo resolver los problemas en torno a la escuela. Los veo y me recuerdan, a aquella famosa escultura, donde ese volumen de bronce deja ver una mano debajo del mentón. Pensando y pensando. Se preguntan, cuándo volverán las clases- según ellxs, lxs docentes no están trabajando-, también les preocupa este año “perdido” para la escuela, y no se olvidan en cuestionar cómo y qué se va a evaluar. Al parecer esta pandemia, dejó al desnudo muchas “preocupaciones” sobre la educación argentina. Sobre su presente y su futuro, según algunas opiniones lxs docentes argentinx no hacen bien su trabajo, ni antes ni durante la pandemia.

Pero...por qué no se muestra el trabajo que están haciendo lxs docentes, ¿lo saben?

¿Saben que la pandemia terminó de exponer las desigualdades sociales en lxs estudiantes y en lxs docentes?, ¿Saben que lxs docentes reciben y contestan mensajes por distintas vías a las familias, en cualquier día y horario?, ¿Saben que es imposible reponer de manera virtual aquello que se crea con lxs niñxs día a día en las aulas, no sólo a través del aprendizaje, sino a partir del vínculo?, ¿Saben que dedican más horas de trabajo para armar, grabar, planificar y editar cada clase?, ¿Saben que siguen capacitándose para trabajar con nuevas herramientas tecnológicas?, ¿Saben que hacen lo imposible por tratar de saldar esas desigualdades y que todxs puedan recibir aprendizajes?

Seguramente no lo saben... ¿no lo saben?

¿Qué trasfondo y qué intereses tienen con la escuela pública? ¿Estos medios de comunicación y esas voces como la de Susanita, estuvieron tan preocupadxs en las diferentes luchas en las que la escuela pública resistió de pie?

No todo es gris, no todo es acromático, no todo se compone de valores bajos, no todo es un cuadro expresionista, lleno de angustia y colores estridentes. Se hacen escuchar otras voces, otras que resisten, que legítimamente se contraponen a todo lo que se intenta implantar. Esas voces son aterciopeladas, a veces un poco agudas, con los colores del jacarandá, con matices pasteles, con manos como pétalos, que sueñan felicidad, alejándose de todo el mal. Son aquellas a las que aún podemos escuchar, tienen una melodía conocida. También hay otras, que acompañan a esas voces. Estas son con otro timbre, y suelen ser voces escritas. Ambas están llenas de poesía, compuestas de unas paletas armónicas, donde cada matiz pertenece a una misma familia de color. Es una poesía testimonial, con palabras justas, que cuestiona, que construye, que valora, que agradece, que reivindica y que pone en relieve el trabajo docente.

¿Será quizás el momento de repensar, de mirar, de cuestionar, e interpelar para seguir?

¡Los runners no aguantan más!

Por Leonardo S. Céspedes

En C.A.B.A. funcionan alrededor de 200 Teams running, agrupaciones de corredores que organizan eventos, viajes, proveen y promocionan vestimentas y equipamientos, además de ofrecerse como espacio de intercambio social donde los corredores hacen amistades y relaciones. También funcionan 14 sedes bajo el programa Buenos Aires Corre de la ciudad. Las costaneras, parques y plazas se encuentran ampliamente territorializados por los runners que con su variedad de diseños y colores en la indumentaria y equipamiento ya forman parte de la normalidad urbana. Aunque parezca una moda, cada vez más personas se toman en serio correr, ya sea por un tema de estar en forma o porque representa un reto personal. Hombres y mujeres planifican sus rutas, eligen cuidadosamente sus vestimentas, ropa polar, micropolar, cintos de hidratación, mochilas Camelback, zapatillas, y playlists musicales adecuadas a cada circuito.

Desde el comienzo de la cuarentena, los runners se volvieron protagonistas de una demanda especial. Para ellos, sujetos activos, la cuarentena es letal. Carreras en departamentos y maratones en balcones ya no satisfacen a este colectivo que necesita reafirmar su identidad y subjetivar el éxito a través del movimiento, el desafío y la adversidad. Luchar contra el cansancio, mejorar tiempos, inscribirse a carreras más exigentes, correr a pesar de un desgarró, una ampolla, correr bajo la lluvia, escalar y descender montañas, atravesar caminos plagados de dificultades, parecen recuerdos de otra era. La sensación de seguridad y autosatisfacción se fue desvaneciendo durante el encierro al mismo tiempo que los mensajes de WhatsApp del team running. Pero, por suerte, en la ciudad de la furia, aunque no lo creamos, siempre hay alguien que escucha los lamentos... de algunos.

Hace unos veinte días miles de porteños y su loca neurosis decretaron que la pandemia ya había pasado, y se lanzaron a los parques y plazas. El Gobierno de la Ciudad cedió ante el reclamo y los runners salieron de sus jaulas. Pero ¿qué fue lo que los volvió sujetos especiales de derecho en medio de las restricciones de la cuarentena? ¿Quién dice lo que está bien o está mal? ¿Bajo qué bases morales o sociales se piensa lo legítimo? ¿Los runners representan a un sector social identificado con los votantes que apoyan la gestión de gobierno en la ciudad? Y siguiendo con esta mirada prejuiciosa podemos ver en el ideal runner cierto culto al individualismo, asociado a la visión de los votantes pro en la ciudad, ¿Es el runner el arquetipo de cierto ciudadano ejemplar, disciplinado, confiable, dócil y esforzado? ¿En definitiva, el ejemplo del trabajador ideal?

Hoy los contagios por coronavirus en la ciudad de Buenos Aires pasaron la célebre marca de los mil casos diarios. El Gobierno de la Ciudad dio marcha atrás con el permiso y los runners ya no pueden salir.

En mi grupo de amigos de fútbol, la “barra de Tronador” como le decimos, por el nombre de la calle donde está la casa donde nos juntamos después de los partidos y los fines de semana para los asados, se suele o solía sumar Pedro, que no juega al fútbol: es el runner del grupo. Siempre estaba preparando o volviendo de algún viaje con su grupo: “el Jema Team”. Pedro a pesar de no jugar al fútbol es de los más activos en el WhatsApp “fútbol miércoles”:

-Cayó muy mal la medida, Palermo está vacío, la gente en vez de venir y aprovechar los últimos días de gracia, prefiere guardarse y no extender la agonía. Esto está para el culo, está claro que las autoridades no escuchan a la sociedad, está claro que el riesgo de contagio es muy bajo, me parece ridículo. Es todo político, le enrostraron a la gente la imagen del primer día y se quedaron con eso. Pero ahora esta re tranqui...no pasa nada...van a ver que no baja el número de contagios... es una medida ejemplificadora... es un país berreta... todo política.

Juan que se caracteriza por cierto cinismo contesta:

-Los estigmatizan...

Después de caras, emojis y memes se lee al final algún mensaje del tipo “cállate gorila que estamos gobernando”, seguido de muchos jajajajajaj.

Me quedo pensando en el último comentario de Pedro: “todo política”.

Nuestras sociedades contemporáneas permiten un constante fluir de estilos de vida accesibles en torno a los cuales los sujetos pueden identificarse. Como cualquier otro grupo, los runners no son un colectivo compacto y homogéneo. Por otro lado, y después de todo, no están haciendo nada ilegal. Probablemente caemos en la tentación de estereotipar aquellas prácticas que se alejan de nuestros hábitos y de nuestras identificaciones estéticas y culturales y de esta forma demonizamos o creamos un nuevo fantasma, una nueva grieta en torno a los runners.

Dime quien te defiende y te diré que representas

Hoy 2 de Julio, leo en un portal de noticias que Yamil Santoro y la fundación Apolo, identificada con valores “libertarios” desde lo económico y conservadores desde lo político, junto a un grupo de runners famosos, presentaron un amparo en la justicia para que se permita la actividad de los runners en la ciudad. La fundación se presenta como una entidad compuesta por ciudadanos comprometidos en la lucha contra la corrupción y la búsqueda de transparencia en las políticas públicas, pero apenas uno entra en su página web nota su postura totalmente anti-cuarentena y en contra de la intervención del Estado en la vida de las personas.

Creo que el colectivo runners, si existe, al igual que mi grupo de amigos de futbol, no es una entidad homogénea, compacta y coherente. Supongo que como todo grupo será dinámico, cambiante, complejo y con fronteras identitarias difusas. Lo que parece clarificarse con el paso de los días es qué ideologías e intereses se mueven detrás de ciertos reclamos.

La pandemia dejó al descubierto todas las desigualdades en las que vivimos. En este contexto, muchos intelectuales y activistas se apresuraron en ver en esta coyuntura una oportunidad para cambiar, para empezar a pensarnos de una manera más solidaria, para plantear cambios profundos que nos permitan construir una sociedad más justa.

Es acá donde la foto de la clase media, saludable, para la cual parece que la pandemia dejó de ser un problema, motivada por el impulso individual de sentirse bien, de cuidarse uno mismo, visibiliza y proyecta diferentes ideologías sobre la idea de comunidad, sobre los distintos ideales de sociedad con los cuales nos identificamos.

Mientras Pedro corría por Palermo otro amigo del grupo de la “barra de Tronador”, Nacho, se ofrecía como voluntario para trabajar en un comedor comunitario en la villa 31 en el contexto de la crisis epidemiológica. Al mismo tiempo, yo intento esta crónica que devino en ensayo moralista desde mi departamento de Colegiales, calefaccionado y sin mayores sobresaltos, más allá de algunas facturas impagas que se apilan en la biblioteca. Los tres orbitamos en el mismo grupo, la misma ciudad, la misma pandemia.

Miro por la ventana, la calle esta desierta, voy a provechar para salir a tomar un poco de aire y de paso, por ahí, correr un poco...

Administrar las 16 h para ser productivo ¿para qué?

Por Dante Waisman

Es el comienzo de un nuevo día en compañía del virus y con él surge la pregunta de qué vamos a hacer hoy. La repetición del levantarse todas las mañanas a un horario desapareció, la organización familiar matutina un poco caótica, donde tu mamá te grita si le haces un favor y tu hermana se enoja porque “dejen de gritar es muy temprano” desapareció. El caminar hacia el transporte público para viajar amontonado en hora pico ya no está más. Muchas cosas desaparecieron en esta nueva realidad, pero algunas parecen nunca irse. Son demasiado profundas para que de un día a otro cambien.

Suena la alarma y son las 9 de la mañana, el horario en el que empieza la clase de matemática que siempre se retrasa diez minutos. Me levanto cansado después de haber dormido solo 5 horas, mi reloj biológico está destruido, siento tener jet lag sin haberme movido de mi casa, lo primero que hago es encender la computadora que sintetizándose conmigo y con la mañana lenta tarda un poco en encenderse. Voy al baño, me lavó los dientes, me mojo la cara con agua fría -está muy fría y hace que me duela un poco la piel- y hago pis. Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua, 9:10 estoy llegando tarde. Voy hacia mi cuarto, y busco el link de la clase virtual, otra vez más, Skype empresarial tarda en abrir y mis nervios empiezan a habitar mi mente, mi casa y todo lo que me rodea. 9:15, logró entrar, recién está empezando a explicar y me tranquilizo, hoy no va a ser el día que no entienda nada de análisis matemático. Me pongo los auriculares para no despertar a nadie y tengo la clase. Mientras la profesora habla de ecuaciones diferenciales mi mente está en otro lado. Pienso en la sensación que me invadía cuando llegaba tarde en lo que llamábamos realidad, pienso en caminar rápido las mañanas de frío y en las bocanadas de “humo” que salen de mi boca y me divierte. Me acuerdo de cuando era chico y me asombraba el “humo” de frío. Pienso que ojalá el colectivo llegue rápido. Pienso en por qué llegar tarde me molesta tanto si la gente llega tarde todo el tiempo. “Chicos, ¿tienen alguna pregunta?” La voz entrecortada de mi profesora me trae de nuevo a la esta realidad.

Estás solx y las exigencias del día a día cambiaron. Podés asistir a clase con un buzo arriba y calzoncillos y pantuflas abajo. Podés gritar en medio de esa misma clase sin que nadie vaya a escucharte. Podés buscar cosas en Google sin que nadie te diga nada y sin posibilidades de que alguien lo sepa. Podés ir al baño y seguir en la clase. Tal vez por eso, porque podemos elegir hacer o no hacer ciertas cosas, ahora tenemos más responsabilidad en todo. En la vida de antes, se creaba un ambiente específico para una actividad específica. En el aula se daban clases y no podías encontrarte a tu hermana desayunando una tostada con café riéndose de un meme que ve en twitter y a tu mamá secándose el pelo en el pasillo un poco desanimada a punto de empezar su jornada laboral de 7 horas frente a la computadora.

Reflexiono acerca de cómo cambió todo. Me imagino un día común de la ex-rutina yendo a la facultad sin haber dormido mucho, la rapidez inherente a la ciudad, el estar apurado por estar apurado como sensación constante. Tomarme el tren, tener suerte y sentarme mientras veo a todas las personas sumergidas en sus pantallas que iluminan levemente su cara. Está lleno de gente, pero las interacciones se reducen a su mínima expresión, la luz brillante de los celulares les impide ver otra cosa, son como espejitos de colores. Bajar del tren y llegar a la facultad después de caminar unas cuadras. Empezar a hablar con mis amigxs como siempre. La imagen de la facultad me reconforta. Pienso hace cuánto tiempo hace de que no estoy con mis amigxs pero no me pone triste.

26 de junio, cumpleaños de mi Mora. Ella estaba triste, es una persona a la que le importa su cumpleaños y le gusta ser el centro de atención. En fin, organizamos vernos por zoom, la única alternativa posible de sentir algo parecido a la cercanía que calmaba el fuego de no ver a nuestrxs

amigxs. En el momento todo parecía bien, no teníamos demasiadas cosas para contar porque los días se mezclan en una masa creciente homogénea volviéndose indivisibles e irrelevantes. Una vez que dejamos de hablar, un tinte depresivo inunda mi cabeza. Estaba solo y pensaba si esa nueva forma de relacionarnos que reemplaza a la vieja sería permanente. Antes esperaba el viernes a la noche para salir con amigxs. La euforia de la ciudad nocturna desapareció y todo lo que queda de ella son los recuerdos que cada vez se alejan más para materializarse en un “te acordás cuándo...”.

Esta virtualidad nos (des)conecta a través de las redes sociales. La definición de virtual de Google es: “Que solamente existe de forma aparente y no es real”.

¿Qué es lo que nos pasa con estas aplicaciones? ¿Qué es lo que las hace tan atractivas pero que a la vez nos hacen sentir vacíxs? ¿Es que están al alcance? ¿Es que nos salvan de la soledad? ¿Nos sentimos cómodxs en un mar de información basura que nunca pero nunca se acaba? ¿Las cosas que vemos son realmente distintas o en la diferencia subyace la igualdad?

Estoy intentando terminar de ver una grabación de una clase de macroeconomía y a la vez ya se acerca mi recreo, pienso en si quiero ver un capítulo de “Dark” o uno de “Better call Saul”. Termino la clase e instantáneamente abro Netflix y me decido por ver Dark, tengo 20 minutos para descansar, pero una vez que suena el temporizador decido ver un rato más. Todavía es temprano y puedo estudiar después. El capítulo termina, pero el final es abierto y la intriga me obliga a ver por lo menos el principio del segundo capítulo. Me convengo de que me tengo que ir, pero antes de estudiar reviso mi mail y mi whatsapp. Me agarra hambre. Miro el reloj y me doy cuenta de que es hora de comer. Cocino algo rápido, pero pienso que mientras almuerzo podría seguir viendo Netflix y me gusta la idea, o quizás la ilusión de optimizar el tiempo. Termino viendo todo el capítulo y me siento mal por no haber estudiado, por tener un plan y hacer otro. Pienso en cómo me siento atrapado en mi casa, en internet, en las redes sociales, como si estuviese en un cuarto oscuro donde no puedo ver nada, dónde la llave está cerca, pero la oscuridad me impide encontrarla.

Atrapar me parece la palabra adecuada, las redes sociales, todas, nos atrapan, nos atrapan en un pensamiento, instalan una dualidad donde nos hacen gastar nuestro tiempo para que no podamos organizarnos colectivamente, para que no podamos ver más allá de lo que nos muestran. La mejor vigilancia es la que va directo de la pantalla del living de casa a nuestro cerebro mientras nos encontramos desprevenidxs, impulsadxs por una inercia metafísica mirando y mirando, pantalla tras pantalla, mensaje tras mensaje, foto tras foto.

La culpa que nos carcome cuando estamos todo el día en redes sociales es inducida por el mismo sector que nos dice que somos basura, que nos hace creer que podemos ser pseudo máquinas, de esas que muestran en las revistas, en las publicidades. Y no es el único tema que funciona así. Por ejemplo, nos imponen un cuerpo hegemónico, un cuerpo musculoso, fitness, mientras las publicidades que vemos en la tele son de hamburguesas de mcdonalds y de bebidas como coca-cola. Se excluyen a otros cuerpos, a los cuerpos negros, a los cuerpos muy chicos, a los cuerpos muy grandes, etc., etc., etc., etc., etc. Pero ¿en relación con qué? Parece que buscaran la insatisfacción, mantenernos ocupados en la búsqueda de algo. Gente corriendo con una soga al cuello que ejerce una fuerza exactamente contraria a la deseada. Le sujeto no sabe por qué le pasa eso. Por qué hace todo lo que hace “mal”.

Mal... esa palabra resuena en mi cabeza. Me hace pensar en qué es la productividad.

Si la productividad es llorar a las 6 de la mañana el día antes de un parcial, si la productividad es compararte con la gente cercana, ver a quienes mirás para arriba y a quienes mirás para abajo, si la productividad es aplastar todo lo que se presenta en el camino con tal de ganar. Si ella es que

te preocupe tu salud mental cuando tu cuerpo te pide que pares pero parar es para fracasadx, si la productividad es, en fin, acatar lo que te vienen diciendo desde el primer día que tus pies entraron al edificio donde iban a construirte, la escuela primaria.

¿Su intención es que la información llegue cada vez más adentro, cada vez más en nuestro inconsciente, como una aguja que cada vez que pincha llega un poquito más lejos para que se grabe mejor el mensaje? El proceso de la despersonalización se desenvuelve con éxito sobre seres a lxs que se les vomita un balde de pintura blanca encima para poder escribir a gusto en ellxs.

Me pregunto si aquella noche en la que sentía una especie de éxtasis hablando sobre obras de teatro con mi amiga Mora mientras comíamos ensalada de un tupper sentados en la calle cerca de Avenida Corrientes estaba siendo productivo. Me pregunto si mi viaje de mochilero al sur con mis amigxs fue productivo. Me pregunto si ir a fiestas es productivo. Me pregunto si mirar el techo también puede serlo.

La pandemia nos hizo resignificar a todxs cómo nos relacionamos con el hacer. Estar encerrades, donde la fuerza de movimiento de las situaciones se reduce, nos obliga a pensar más en qué es lo que hagcemos, cómo y en cuánto tiempo. Ahora cuando me despierto pienso en construir mi día, en qué debería hacer para tener un buen día, en qué debería dejar de hacer, en cómo administrar las 16 horas siguientes antes de irme a dormir y que se repita una vez más todo el proceso.

Extraños en casa

Por Pedro Dzioba

Mi cuerpo era un mar de emociones que estaba a punto de inundar todo a su paso cuando Vanina abriera la puerta de entrada. La ansiedad y la alegría por volver a ver a mi hermana era tan grande que casi no podía disimularla, caminaba de un lado al otro como no lo hacía desde el último día de libertad y estaba más irritable que lo normal. Pero, a la vez, sentía una preocupación enorme por las semanas que se venían y una tristeza culposa por lo que tenía que ceder.

- ¿Sacaste todas las cosas de tu pieza como te pedí? -Me pregunto mi madre como por quinta vez en el día.

- Sí, si te dije que lo iba a hacer -asentí con tono de cansancio ante las reiteradas preguntas.

- Bueno, me voy al aeropuerto, en unas horas vuelvo

Mi hermana no volvía a casa después de pasear al perro o de ir a hacer las compras al supermercado, sino que regresaba después de un año de vivir en Europa y haber estado varada durante más de un mes en Dinamarca. Es evidente que mi preocupación nacía del miedo de que pudiera ser una portadora del virus que mantiene al mundo en vilo y contagiar a nuestra madre que es parte de la llamada "población de riesgo". La causa de mi tristeza era el tener que abandonar mi habitación y cedérsela durante dos semanas para de ese modo poder cumplir con el aislamiento de la manera más efectiva posible.

El día anterior a su llegada me tuvo ocupado en una situación bastante atípica para mí: "la mudanza". Estuve toda la tarde seleccionando entre un sinfín de objetos y ropas que quería que me acompañarán en mi habitación temporal. No me costó mucho tomar la decisión de sacar mis instrumentos musicales, aparatos electrónicos y camisetas de fútbol. Lo difícil fue desprenderse de objetos que en mi día a día son intrascendentes, pero que a la hora de despedirse cobraron un valor que antes no tenían. Me costaba abandonar hasta mis cuadernos y lapiceras que rara vez uso.

Pasadas las 3 horas de la partida de mi madre escuchamos el ruido de la alarma de un auto. Fue fácil darse cuenta de que se trataba de ellas por la reacción de los animales, que siempre parecen tener un sexto sentido para estos momentos. Paco, nuestro perro, movía tan rápido la cola de felicidad que parecía que iba a salir volando al estilo de los dibujos animados. Nuestra gata Rufina, que suele ser poco expresiva y bastante perezosa, se levantó de su siesta sobresaltada como si un balde de agua se le hubiese caído encima y se paró al lado de la puerta junto a Paco con una notable curiosidad.

El tiempo pareció detenerse abruptamente, el trayecto de mi madre y mi hermana hasta la puerta pareció durar más que el viaje de ida y vuelta hasta el aeropuerto. Mis otras dos hermanas, Juliana y Martina, y yo estábamos parados frente a la puerta prestando atención; parecía ese pedazo de madera con picaporte se había convertido en la pantalla de un cine y estaba pasando una película de suspenso que te mantiene alerta hasta el último instante. Se abrió la puerta y eso desencadenó los ladridos y maullidos más fuertes que escuche en mi vida. Sin embargo, esa felicidad y esa gana de nosotros y los animales de abrazar iba a tener que esperar dos semanas. Fue una escena muy fría y totalmente contrastante con la emoción que sentíamos todos en ese momento. Ver a alguien después de un año y sólo hacer contacto visual acompañado de una sonrisa de complicidad es todo aquello que va en contra de nuestra identidad como argentinos. Casi sin intercambiar palabras, Vanina se dirigió a mi habitación donde iniciaría su cuarentena. Catorce días aislada en medio de nuestro aislamiento.

Los primeros días fueron difíciles para todos. Me costaba acostumbrarme a compartir habitación con mis hermanas y perder la privacidad a la que estaba acostumbrado. Mi nueva cama no parecía

tan cómoda como la original y no encontraba momentos de silencio y tranquilidad aunque me lo propusiera. Así que me tuve que aventurar casi al estilo Indiana Jones a redescubrir mi propia casa y sus diversas habitaciones.

Mientras yo trataba de acostumbrarme a vivir fuera de mi espacio, Vanina pasó de recorrer la inmensidad del mundo durante un año a tener que acostumbrarse a que sus días transcurran entre cuatro paredes. Al principio la felicidad y la tranquilidad de estar en casa sumado a que, al estar encerrada, le escapaba a los quehaceres, la hacía disfrutar de sus días. Era casi como un largo y merecido descanso después de su larga travesía y ella estaba dispuesta a aprovecharlo.

Pero si ya los cuidados eran excesivos estando en cuarentena, al tener a una posible infectada en tu propia casa todo se volvía más tedioso y complicado. Cualquier cosa que entrara y saliera del espacio de Vanina era tratada como un objeto proveniente de Chernobyl. Entre todos nos volvimos una especie de sirvientes que le alcanzaban bebida, alimentos y cualquier cosa que necesitase para sobrellevar la situación de la manera más amena posible.

Mientras mi hermana se había acostumbrado e instalado desde los primeros días, yo, después de una semana seguía sin encontrar mi lugar en la casa.

- Ma, ¿puedo ir a tu pieza? -pregunté con una expresión de desgaste que se hacía notar con tan solo verme.
- ¿Para qué hijo?
- Tengo que cursar y es el único lugar de la casa vacío.
- Si andá, pero no me desordenes nada.

Si la cursada virtual ya era estresante para mí, esa primera semana fue un calvario. ¿Cómo hace uno para prestar atención y estudiar sin tener el lugar indicado? La clase de sociología arrancaba en la cocina, hasta que alguna de mis hermanas decidía ponerse a cocinar. Frustrado me movilizaba al comedor donde deseaba encontrar la tranquilidad que necesitaba; lo conseguía durante veinte minutos hasta que mi madre agarraba el control y prendía la televisión...

Los últimos días fue muy claro cómo se invirtieron los roles. Vanina parecía no soportar más el no poder hacer casi nada por su cuenta y estaba con un humor fatal. Yo, en cambio, había logrado apropiarme de lugares a los que antes prácticamente no recurriría y había construido una relación mucho más directa y cercana con mis hermanas. Casi que me había olvidado lo mucho que extrañaba estar solo entre cuatro paredes la mayor parte del tiempo.

Al final logré entender lo importante que eran ciertos lugares. Me di cuenta que la cocina no era solo para cocinar, sino que también un gran lugar para compartir mates y charlas; que el comedor no era solo para comer, también podías disfrutar de ver películas y series en familia; y que, hasta el baño ofrece una gran acústica a la hora de tocar la guitarra y cantar.

- Menos mal que hoy es el último día porque no aguantaba más. ¿Cuánto falta para que pueda salir? -Vanina preguntó eso reiteradas veces casi como esperando que bajara el tiempo de esperar, pero la respuesta era siempre la misma.
- A las 23:35 se cumplen los 14 días, vas a tener que esperar dos horas más.

Esos últimos minutos de Vanina encerrada pasaron prácticamente desapercibidos porque tuvieron la fortuna de coincidir con el cumpleaños de nuestra madre. Había llegado el momento de soplar las velitas y casi sin darnos cuenta ella estaba ahí. Se había sentado en la mesa con nosotros, tenía la cara un poco cansada, los pelos revueltos y el pijama todo arrugado. Se paró enojada porque nadie había traído los fósforos y las servilletas para empezar a festejar. Parecía que nunca se hubiese ido realmente y, ahora sí, estaba más que lista para brindar todo el cariño

(y algún enojo también) que retuvo a sus familiares y sobre todo a sus queridas mascotas.

Solo quedaba volver a mi querido espacio. Lo que imaginaba en los días previos como una experiencia turbulenta y sufrida termino siendo más parecido a navegar en un lago de la Patagonia un día de sol. Necesitaba llenar la pieza con mis cosas lo antes posible para volver a conquistar ese territorio de mi casa. Poner las guitarras en su esquina, las camisetas en su cajón y mi computadora en su rincón fue como volver a darle vida e identidad a un lugar que vacío y sin mi presencia para mí no vale nada.

Realmente fue toda una aventura el desprenderme de mi hábitat natural y sobrevivir en el intento. Mi hermana, para tranquilidad de todos, confirmó no tener ninguna enfermedad, la casa resultó ser mucho más grande de lo que esperaba y mis hermanas demostraron ser bastante divertidas cuando quieren serlo. Esta experiencia me dejo estas conclusiones que, sin embargo, en vez de tranquilizarme lo único que lograron fue despertar una nueva y gran incógnita: ¿mi pieza seguirá siendo el mismo lugar del que me fui?

SOBRE LOS AUTORES

Damián N. Digiano antes de elegir Sociología incursionó en psicología, educación física, administración de empresas y relaciones laborales. Trabaja como administrativo de veinte sucursales de la misma empresa, vive con su mujer y sus dos hijos, Juani (8) y Alma (2).

Araks Demydrian tiene 19 años es de capital federal, y toda la vida le gustaron las ciencias, tanto exactas y naturales, como las ciencias sociales. Se empezó a inclinar por las ciencias sociales porque disfruta de preguntarse cosas y debatir con amigos de lo que venga.

Marina Escala juega de local ya que creció en San Martín. Pasó por la facultad de psicología de la UBA y por el profesorado de artes visuales antes de llegar al IDAES. Le gusta relacionarse con gente y “filosofar” sobre la sociedad. Hace 5 años que da clases de tango, folklore y lengua de señas a personas con y sin discapacidad en distintos puntos de la ciudad.

Violeta Galateo tiene 19 años y es del partido de La Matanza. Antes de anotarse en la carrera de Antropología social y cultural, cursó el CBC y un cuatrimestre de la carrera de Trabajo social en la UBA. Está conviviendo con sus padres, su novia y un hermanito de dos años. Desde marzo trabaja en un call center.

Candela Ferreyra tiene 20 años y desde que nació vive en el partido de San Martín. Al IDAES ingresó este año como estudiante de Sociología. Desde chica le interesan las cuestiones sociales que nos atraviesan y siempre se hizo preguntas sobre ello. Cuando terminó el secundario en el 2017 no sabía muy bien qué carrera seguir, pero sabía que debía ser algo relacionado al estudio de las sociedades, y es aquí cuando la sociología llega a su vida y le permite nombrar aquello que tanto la apasionaba. En el 2018 empezó a estudiar en la UBA pero el viaje hasta la facultad se le hacía cada vez más intenso y cansador. Es a partir de ahí que comienza a plantearse la idea de cambiarse de facultad y empezar el 2020 estudiando en la UNSAM.

Brenda Fahey es porteña pero vive en el conurbano profundo. Hace cerámica y fotografía y, desde hace un tiempo comenzó a dar clases de cerámica. Es curiosa por necesidad y lo ejerce con urgencia. Se inscribió en el IDAES en la carrera de Antropología Social porque siempre quiso estudiarla pero por diferentes motivos lo fue postergando. Estudió unos años de Diseño de Imagen y Sonido en la UBA y también completó el CBC para Sociología aunque nunca empezó.

Agustina Córdoba vive en Villa Ballester, en San Martín. Tiene 28 años y hasta el momento todas sus experiencias fueron en relación al Turismo ya que estudió anteriormente la carrera de Hotelería. Decepcionada del rubro se decidió por la sociología. Cree que ella puede ser un medio para canalizar esa vocación de servicio que la acompaña desde siempre en un nivel más profundo.

Ezequiel Desmery tiene 18 años, nació y vivió toda su vida en CABA. Egresó a finales de 2018 y desde entonces estuvo cursando el CBC de Economía en Drago. Ahí tuvo por primera vez sociología, le encantó y se anotó acá, en IDAES. Su idea es seguir cursando Economía y en paralelo hacer Sociología, aunque no sabe muy bien en qué dificultades se estoy metiendo haciendo ambas...

Daniel Latini nació en Santa Fe hace casi 49 años. Vivió allí hasta los 18 y luego se fue a un pueblo muy pequeño que se llama Oro Verde, en Entre Ríos, donde estudió ingeniería. A los 24, ya casi recibido, se mudó a Buenos Aires, y ahora vive en Villa Adelina con su esposa, una hija de 16 años y un hijo de 15. Trabaja en una compañía multinacional dedicada a la salud renal. Y, desde hace poco decidió asumir otro desafío: estudiar sociología.

Maite Filmus es de Capital Federal y nació en el barrio de colegiales. Cursó la secundaria en el Pellegrini. Durante todo su recorrido en el secundario ansiaba llegar a 5to año para tener Sociología. Siempre supe que quería estudiar una carrera social, pero la decisión difícil fue entre antropología y sociología. Después de hablar con mucha gente se inclinó por la antropología, aunque no descarta la posibilidad de cambiar de idea. Tiene, además, un gran interés por el cine y le encantaría, en un futuro, poder unir estos dos mundos y hacer algo interesante con eso.

Aldana Fontanella tiene 20 años y es de Vila Ballester. Creció en Ramos Mejía pero me mudó con su papá en el 2018 para empezar la licenciatura en Relaciones Internacionales en la UNSAM. A mitad del año 2019 decidió cambiarse a Sociología. Desde que ingresó como estudiante al IDAES disfruta mucho de todas las materias. Siente que su cambio de carrera fue una buena elección. Además de las ciencias sociales, le gustan mucho la danza y la música. Uno de sus objetivos para este nuevo año es continuar su camino de aprendizaje en estas áreas.

Sandra Fariello tiene 56 años y se recibió de Arquitecta en la UBA hace unos cuantos años. Desde entonces se dedicó a trabajar como arquitecta y como docente durante algunos períodos. Desde épocas lejanas su intención era recibirse de arquitecta y después comenzar la carrera de Sociología para de esa manera dedicarse a las viviendas sociales y a la Planificación Urbana. Eso no sucedió... hasta ahora, que vuelve a ese lugar que la hizo veliz (a excepción de sus dos hijas): volver a ser estudiante.

Mariana Coria vive en zona oeste, Castelar. Estudió unos años artes visuales en el IUNA pero no lo finalizó. Tuvo algunas materias y profesorxs que marcaron su elección de la carrera que hoy sigue, sociología. Planteaban la historia del arte, desde una perspectiva antropológica y sociológica. Eso fue una de las cosas que más me interesó, entender al arte como producto de una construcción social, y la importancia y valor de éste en la sociedad. Actualmente trabaja en distintas escuelas del partido de Morón. Hizo el profesorado de artes visuales en la Escuela de Arte Leopoldo Marechal, en La Matanza. Hoy participa de mesas gráficas y en la producción de estampas (para hacer pegatinas) para las diferentes manifestaciones sociales -marchas de mujeres, 24 de marzo, reclamo docente- que se expresan en la calle.

Leonardo S. Céspedes tiene 40 años, esta es la segunda vez que empieza a cursar Sociología, la primera fue allá por 1998 cuando era un "chico del interior", un Gurí -como dirían en sus pagos-. Las cosas se complicaron y debió abandonar la carrera y para fines de 2001 estaba de vuelta en su pueblo, matando las horas, fumando en la plaza con sus compañeros de naufragio y buscando casi con desesperación cualquier cosa que los saque del tedio de aquellos días. Por suerte el tiempo pasa, las cosas mejoran, y volvió a vivir a Buenos Aires hace unos diez años y hoy retoma este desafío.

Dante Waisman tiene 18 años, egresó en el 2018 y durante el año pasado hice una especie de CBC. Actualmente está estudiando economía en la UBA, pero no tiene tanta fe de que le vaya a gustar la carrera, así que se anotó también en antropología. Eligió antropología para poder entender mejor lo que pasa tanto a nivel colectivo (y entender la diversidad) como para comprender un poco el porqué de cómo piensa y actúa. Le gusta el teatro y los deportes relacionados con el control y el movimiento físico como acrobacia, yoga y calistenia, aunque es aún un principiante en estos ámbitos.

Pedro Dzioba hereda su apellido del bisabuelo que llegó al país proveniente de Ucrania aunque él es más argentino que el mate y el dulce de leche. Veintidós años después de haber nacido sigue viviendo en la misma cuadra de Ciudad Jardín en el partido de Tres de Febrero. Esta no es su primera experiencia universitaria. Como gran amante del deporte realizó una pequeña incursión en el estudio del periodismo deportivo que, al final, no resultó como esperaba. Pasó por algunos trabajos pocos gratificantes que le hicieron dar cuenta de lo importante que es estudiar

y desarrollarse profesionalmente. Pasó por la Universidad de Tres de Febrero estudiando lo que más me gusta en el mundo que es la música. Un año después de haber empezado a cursar me di cuenta que no quería poner a la música en un contexto de estudio donde todo lo que antes era gozar y disfrutar se transformaba en una obligación así que tomé la decisión de dejarla, al menos por el momento. A finales de 2018 comencé a militar políticamente lo que despertó en él un montón de nuevos intereses que, a su vez, fogueados por una amiga estudiante de IDAES lo llevaron a anotarse en la Licenciatura en Sociología.



IDAES
UNSAM